



El mundo
que quieres



Con el apoyo de



29º Premio de Cuentos · Fundación Mainel



El mundo que quieres

Inspírate con
los relatos de
esta edición



La Fundación Mainel es una institución privada, independiente y sin ánimo de lucro que trabaja por las personas desde 1990, principalmente en dos ámbitos de actuación: cooperación al desarrollo y cultura.

Este Premio de cuentos se creó en 1997. Desde entonces, promueve en el ámbito escolar la **creatividad literaria** y la reflexión en torno a temas vitales como la **solidaridad**, los **derechos humanos** o el respeto al **medioambiente**.

www.mainel.org



XXIX PREMIO
DE CUENTOS
FUNDACIÓN MAINEL

El mundo que quieres

Valencia, octubre de 2026

Índice

Presentación	7
Fallo del Jurado	9

Categoría Original:

1ª Sección (11-13 años)	
<i>El viaje de Albert</i>	15
Nerea Martín Balibrea	
<i>El barco del tiempo</i>	21
Julia Romero Romera	
<i>Conexiones invisibles</i>	27
Lucía de Vicente Casado	
2ª Sección (14-16 años)	
<i>La palabra prohibida</i>	39
Gina Chiriaco Boix	
<i>El silbato de Adamuz</i>	51
Jorge Fresno Rojo	
<i>El banco vacío</i>	61
Marta Aracil Pérez-Cea	
3ª Sección (17-18 años)	
<i>Juventud</i>	69
Esteban Zuazo Galán	
<i>El valor de preguntar</i>	75
Martina Baselga Salinas	
<i>Carepa y la ciudad apagada</i>	85
Miguel Prado	

Categoría Asistida:

<i>Las cosas pequeñas</i>	97
Almudena Laserna Martínez	

Diseño de cubierta: Selenus Social Media Marketing, S.L.
Maquetación: María Dolores Ruiz
Ana María Cervera

© Fundación Mainel, 2026
Porta de la Mar 6, 2º – 8ª. 46004 Valencia
Tel.: 96 392 41 76
fundacion@mainel.org
www.mainel.org

ISBN: 978-84-95947-52-9
Depósito legal: V-4224-2026
Imprime: Imprenta Nacher

Presentación

Terminamos de imprimir este libro de cuentos tras un verano marcado por los desastres naturales y los conflictos en diferentes partes del mundo. Mientras muchos disfrutábamos de nuestras vacaciones, nos desayunábamos con tragedias que se iban concatenando para sorpresa nuestra en otras partes del globo.

A menudo cuesta digerir todas estas noticias que nos golpean y vienen a desbaratar nuestro mundo, tanto personal como profesional, y más en una organización como Mainel que se dedica a la cooperación al desarrollo. Son muchas las personas con las que habitualmente trabajamos que han visto totalmente trastocadas sus vidas y sus quehaceres tras los terremotos en Colombia, por ejemplo. Desde aquí nuestro más sincero reconocimiento y agradecimiento a todas ellas por haber sabido estar en el lugar donde se les ha necesitado, sin pensarlo.

El papa León XIV en su encíclica Magnifica Humanitas viene a confirmar que la globalización está hoy más presente que nunca: “El destino de cada uno está ligado al destino de todos; realmente nadie se salva solo”. Y continúa diciendo: “Nuestras vidas están entrelazadas, las economías y las comunicaciones globales hacen que aquello que sucede en un lugar produzca efectos lejanos, y las redes digitales unen en tiempo real a personas y comunidades de todas partes del mundo” [74].

Ante este panorama, ¿qué nos queda? Sin duda, la solidaridad. En palabras de la encíclica: “La solidaridad se expresa cuando cada uno, personalmente y junto con los demás, toma parte en la vida de la comunidad —se informa, se asocia, hace sentir

su propia voz, contribuye a las decisiones y a las opciones públicas—“[73]

La educación para el desarrollo, ese proceso formativo que busca crear una conciencia crítica sobre la pobreza y los problemas globales para impulsar una ciudadanía solidaria y activa, puede contribuir a que entendamos cómo manejar un mundo cada vez más complejo y con más desafíos internacionales. Por ello, nos parece especialmente importante seguir impulsando pequeños proyectos educativos que inviten al estudiantado a forjar la empatía, la reflexión y la búsqueda de soluciones creativas, como este certamen de cuentos.

Más que nunca necesitamos jóvenes que se informen y se formen, que sepan ponerse en el lugar del otro y que entiendan la solidaridad como una forma de vida que no solo nos hace más humanos, sino que, hoy en día, es una necesidad vital y global.

Gracias a todas y todos los estudiantes que han participado en el Premio de cuentos Fundación Mainel y, en especial, a los ganadores, cuyos relatos podemos conocer en estas páginas.

Gracias por haberos detenido a pensar y gracias porque con vuestras narraciones también nos hacéis pensar a los lectores.

Jorge Sebastián

Presidente de la Fundación Mainel

Fallo del Jurado

El jurado compuesto por Antonio Egea Vivó, periodista y exdelegado de Iberdrola en la Comunitat Valenciana; Lurdes Bretones, periodista y vicepresidenta de la asociación Mujeres Periodistas del Mediterráneo (MPM); Héctor González, periodista y presidente de la Asociación Profesional de Periodistas Valencianos (APPV); David Nordlund, profesor de Humanidades y Artes en el Berklee College of Music de Valencia; y Cristina Celda, periodista y directora de la Fundación Mainel, ha anunciado los relatos ganadores de esta edición.

Categoría Original:

1ª Sección (11—13 años):

Primer Premio: Nerea Martín Balibrea
Liceo Francés (Valencia)

Segundo Premio: Julia Romero Romera
Colegio de Fomento Altozano (Alicante)

Tercer Premio: Lucía de Vicente Casado
Colegio Guadalaviar (Valencia)

2ª Sección (14—16 años):

Primer Premio: Gina Chiriaco Boix
Escola Vedruna EDN Navàs (Barcelona)

Segundo Premio: Jorge Fresno Rojo
IES Santa María La Real (Palencia)

Tercer Premio: Marta Aracil Pérez-Cea
Vilavella (Valencia)

3ª Sección (17—18 años):

Primer Premio: Esteban Zuazo Galán

La Salle Córdoba (Córdoba)

Segundo Premio: Martina Baselga Salinas

Escuelas San José Jesuitas (Valencia)

Tercer Premio: Miguel Prado

CEU San Pablo (Valencia)

Categoría Asistida:

Mención de Honor: Almudena Laserna Martínez

Colegio Guadalaviar (Valencia)

Categoría Original

1ª Sección

EL VIAJE DE ALBERT

Nerea Martín Balibrea

Albert siempre había soñado con cambiar el mundo. Tenía la sensación de que sentía más que el resto, le dolía cuando los niños grababan sus nombres en los árboles, cuando un pajarito caía del nido o, hasta incluso, cuando el amanecer era tan hermoso que lo dejaba paralizado. Por todo ello, se convirtió en inventor. Quería comprender cómo funcionaba la vida, qué hacía que la tierra girase o que la lluvia cayera. Por todo ello, se convirtió en un entusiasta de las grandes tecnologías y decidió que su mejor invento sería crear una gran máquina para viajar al futuro. ¡Revolucionaría el mundo!

Con esfuerzo, paciencia y muchas lecturas, consiguió construir un objeto grande, rectangular y blanco que tenía una puer-ta de metal y daba acceso a lo imposible: viajar al futuro. Tan solo había que introducirse en ella, poner la fecha exacta a la que querías transportarte y darle al botón rojo que se situaba junto a la puerta. Tras los meses dedicados en su obra de arte, esperó antes de probar su eficacia. Reflexionando, Albert se dio cuenta de que su invento era maravilloso, podría conocer

todos los secretos que estaban por descubrirse y traerlos a su presente. Así, ayudaría a la humanidad a vivir de una manera más respetuosa, ecológica y justa. Antes de ponerlo en práctica, decidió participar en el famoso concurso de inventos de Ulm.

Max, otro inventor de la edad de Albert, siempre había competido con él. Intuía que Albert tenía una capacidad para imaginar que a él le faltaba, y eso le hacía sentir celos y hasta rabia cada vez que Albert ideaba un objeto novedoso y útil. En lugar de alegrarse por él y por la gente que se beneficiaría del invento, Max se quedaba en casa pensando cómo fastidiar a Albert, cómo superarlo, cómo eclipsarlo. Esta situación venía de lejos; de hecho, desde pequeños, Max siempre había estado muy pendiente de su compañero de clase, que destacaba en todo, especialmente en ciencias y matemáticas, mientras Max tenía que hacer más esfuerzos.

El día de la inscripción en el concurso, Albert se dio cuenta de que su gran rival, Max, también participaba. Recordó que en el instituto, todas las chicas querían a Max porque plantaba cara a los profesores y siempre iba luciendo su brillante melena rubia por los pasillos, mientras las miraba con sus grandes y preciosos ojos azules. En cambio, Albert era el más inteligente del instituto y se quedaba en la biblioteca estudiando en vez de llamar siempre la atención para impresionar a las chicas. Albert no tenía ningún problema en que Max participara, pero un escalofrío le recorrió el cuerpo al ver que ambos competirían por el gran premio.

Dos días antes del concurso, Max, que estaba espiando de trás del arbusto del jardín de casa de Albert, entró en su casa cuando él no estaba para ver el invento de Albert. Max vio que su invento era fabuloso, era el mejor invento que jamás había

visto: viajar al futuro. Max empezó a tener un sentimiento de rabia muy intenso. Tan fuerte que cogió un martillo para golpear la máquina, cuando, de repente, cayó una misteriosa carta amarillenta del techo de la casa de Albert. Max la leyó y, sin prestarle mucha atención, no se resistió y “¡PAM!” le pegó un martillazo a la máquina dejándola destartada.

Cuando Albert volvió a casa, pensó que la máquina ya estaba lista para probarla. Albert entró en la máquina, cerró la puerta ¡y pulsó el botón! La máquina se puso a dar vueltas y más vueltas, tantas vueltas ¡que Albert se cayó! Cuando la máquina dejó de dar vueltas, Albert se levantó y apareció en una gran plaza con un montón de gente y de árboles a su alrededor. Albert, mareado, creyó haber visto esa plaza más de una vez. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado?

Albert, confuso, preguntó a todo el mundo:

—¿En qué año estamos, en qué año estamos?

—¡Estás loco! Le respondían todos a la vez.

Albert vio una biblioteca y eso le hizo sentirse reconfortado, como en casa. Así que entró hasta llegar a una gran sala llena de libros. Mientras admiraba la sala, encontró a una mujer misteriosa de mirada inteligente con una larga melena castaña sentada en la mesa y resolviendo una difícil operación matemática.

Él le preguntó:

—¿Cómo has conseguido resolver esa operación matemática tan rápido?

—Con paciencia.

A Albert le resultó una respuesta muy inteligente y le sorprendió, pero aun así siguió hablando con ella.

—Encantado, soy Albert, ¿me podría decir en qué año estamos?

—Encantada soy Mileva, Mileva Maric y estamos en 1910.

—¿Pero cómo puede ser si mi máquina estaba hecha para viajar al futuro?! —dijo Albert confuso.

—¡Acabas de decir que has construido una máquina para viajar al futuro y que tú no eres de este año! exclamó Mileva sorprendida. —Llevaba años intentándolo, pero nunca lo conseguí. ¡Eso es una maravilla!

—Lo sé, pero se suponía que mi máquina estaba hecha para viajar al futuro y no al pasado. Y ahora mi máquina está rota y no puedo volver —dijo Albert entristecido.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Mileva.

—No lo sé.

Albert y Mileva se quedaron pensando.

Mileva era una mujer compasiva e inteligente y, a pesar de no conocer a Albert más que de unos minutos, decidió invitarlo a casa a cenar. Así fue como comenzó una amistad que se convertiría, poco a poco, en la mayor historia de amor. Pasaron los días y Albert se sentía afortunado de haber conocido a Mileva, la mejor científica que jamás había conocido. Estaba en el pasado, pero ella le hacía sentirse en casa. Justamente, Mileva trabajaba en un proyecto científico para investigar sobre la teoría de la relatividad. Él, entusiasmado, decidió colaborar con ella.

Al cabo de un mes, se dio cuenta de que la casa de Mileva estaba muy cerca de la que sería su casa en un futuro. Y como estaba tan enamorado y feliz de estar en el pasado, decidió

escribirle una carta a su rival, Max, para agradecerle el favor que le había hecho. Y por ello, escribió en un trozo de papel lo siguiente:

“Gracias por darme la oportunidad de conocer a esta gran mujer que pronto será la mejor científica de la historia y que me ha enseñado todo lo necesario para poder cambiar el mundo.

Fdo. Albert Einstein.”

Albert fue a su futura casa, enganchó un invento que él mismo había creado para que la carta cayera del techo el año y hora que él eligiera. Albert depositó la carta dentro del invento y puso la fecha: 1940.

Unos años después, Albert y Mileva descubrieron la teoría de la relatividad y Mileva fue una gran científica que ayudó muchísimo a Albert en toda su carrera e inspiró a muchas niñas que ahora quieren ser como ella. Mileva descubrió muchos secretos más que aún estaban por descubrir. Albert comprendió que a veces las cosas que suceden y parecen ser un drama, pueden convertirse en una oportunidad para cambiar y sacar nuestra mejor versión de nosotros mismos. Sin la rabia de su excompañero, quién sabe si aún estaríamos sin conocer la teoría de la relatividad. Lo único en lo que no pensó Albert es que, quizás, con el tiempo, le atribuirían a él todo el mérito sin otorgarle a Mileva la contribución tan importante que había hecho. Pero... ¿Puede que invente una máquina para viajar al futuro y, más adelante, nos explique que las mujeres y, especialmente Mileva, han sido tan importantes en la ciencia como los hombres!

FIN

EL BARCO DEL TIEMPO

Julia Romero Romera

Carmen y Miguel habían ido a pasar unas semanas de las vacaciones de verano con su abuelo, quien vivía en una casita al pie de la playa. A veces, Carmen y Miguel salían con su abuelo a pescar, y él siempre les contaba historias fascinantes. Una de las historias que más les contaba era sobre un gran barco que, en vez de viajar por los mares, viajaba en el tiempo. A Carmen y Miguel les encantaba esa historia, y solían jugar a que subían a bordo de ese barco.

Una mañana, Carmen y Miguel se despertaron con el sonido de las olas chocando contra las rocas de la playa, se asomaron a la ventana, y vieron un gran barco esperando en el puerto. Se miraron, pensando lo mismo, y corrieron a la habitación de su abuelo gritando:

—¡Abuelo, abuelo!

—¡Hemos visto el barco de tu historia!

El abuelo les miró, sonriendo.

—¿Pues por qué no damos un paseo a bordo? —contestó el abuelo.

Se pusieron las chaquetas rápidamente y salieron en dirección al puerto y, en cuestión de segundos, ya estaban zarpando a bordo de ese barco tan impresionante. El barco era amplio, bonito, con un gran timón dorado. Se acercaron y vieron que en el lado izquierdo tenía la palabra “Pasado” grabada en el timón; en el lado derecho, la palabra “Futuro”, y dentro del círculo que marcaba el centro del timón ponía: “Presente”.

—Abuelo, ¿podemos girar el timón? —preguntó Carmen.

—Para eso hemos venido, para girarlo y tener un pequeño viaje en el tiempo, un viaje del que aprenderéis mucho más que en cualquier otro viaje —respondió el abuelo.

—¿Y hacia dónde lo giramos? —preguntó Miguel.

—Siempre hay que tener un orden lógico Miguel, así que, cómo no, iremos primero al pasado. ¡Gira el timón a la izquierda!

Miguel puso las manos sobre el timón, lo giró lentamente hacia la izquierda y, de repente, una luz deslumbrante que les hizo cerrar los ojos iluminó todo el barco.

Cuando abrieron los ojos, estaban en un sitio completamente diferente. El barco había cambiado completamente. Ahora se encontraban en un barco antiguo y de madera, pero con el mismo timón dorado.

—¡Hemos viajado al pasado! —gritaron Carmen y Miguel, dando saltos de alegría.

—¿A dónde iremos primero, abuelo? —preguntó Carmen.

—Vamos a dar un pequeño paseo por la playa.

Cuando llegaron a la playa, se fijaron en que allí también todo había cambiado. ¡Pero había cambiado para bien! La playa parecía mucho más grande, bonita y encantadora. Había también dunas, y muchas conchas bonitas y grandes. Solo había unos pocos pescadores sentados en las rocas, y Carmen y Miguel corrían y se arrastraban por la arena, felices de estar allí. Miguel se acercó al agua, que estaba cristalina y muy limpia, y vio muchos peces nadando alegremente por ahí, cerca de la orilla. Se sentaron, respiraron un poco del aire tan puro que había en el ambiente y sonrieron.

—¡Qué lugar tan encantador! —exclamó Carmen.

—Sí, me encanta esta playa —añadió Miguel.

—Pues esta es exactamente la misma playa de la que venimos, solo que en el pasado —dijo el abuelo, dejando a Carmen y Miguel pensativos.

Después de quedarse un rato más allí sentados, mirando al mar y disfrutando de las vistas, volvieron al barco.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó Carmen.

—Está claro, ¡al presente! —contestó Miguel.

Igual que había hecho Miguel antes, Carmen puso las manos sobre el timón, lo giró hasta que la palabra “Presente” estuvo en el centro del timón, y de nuevo una luz deslumbrante les obligó a cerrar los ojos.

Al abrir los ojos esta vez, aparecieron en el mismo sitio del principio, ya que habían viajado al presente. Navegaron hasta el puerto y bajaron del barco, contentos de volver a casa, pero sintiendo que todavía les faltaba una parte del viaje por recorrer.

—La verdad es que no sé por qué vamos al presente, abuelo —dijo Miguel

—Es verdad, si acabamos de estar aquí —dijo Carmen.

—Además, aquí no hay nada que explorar, conocemos esta playa de sobra —añadió Miguel.

—Chicos, calmaos. Que hayáis estado aquí y hayáis explorado un montón de veces la playa no quiere decir que la hayáis visto realmente, ni que os hayáis fijado de verdad en lo que está pasando aquí. Confiad en mí, sentaos, y mirad a vuestro alrededor —dijo el abuelo.

Carmen y Miguel le hicieron caso y se sentaron. Al principio no entendían mucho lo que su abuelo quería decir, pero conforme iban mirando a su alrededor, y también recordando lo que habían visto en el pasado, iban entendiéndolo un poco más. En la playa del presente había mucha más gente, parecía haber disminuido, y las dunas que habían visto en el pasado habían menguado. Había plásticos, papeles y basura en la arena. Era basura que la gente dejaba por ahí, basura que, en vez de esforzarse un poco y tirarla a un contenedor, la dejaban en la arena, y luego las gaviotas se la comían o el viento la arrastraba hasta el mar. Y, al fijarse en todo eso, se sintieron un poco mal, pues, entre todos, estaban destrozando esa playa, que en el pasado había sido un lugar tan espectacular.

—Bueno, creo que ya os vais dando cuenta de lo que está pasando —dijo su abuelo mirándolos—, aunque todavía nos queda un último lugar por visitar.

Así que se encaminaron al barco, listos para hacer una última excursión, ¡esta vez al futuro! Carmen y Miguel estaban intrigados por saber cómo iba a ser. Así que, subieron al barco,

y, esta vez, cuando el abuelo puso las manos en el timón, Carmen y Miguel tenían los ojos ya cerrados, preparados para la luz deslumbrante. El abuelo giró el timón hacia la derecha, y cuando la luz se apagó y abrieron los ojos, se encontraron en un barco muy extraño. El barco ahora tenía unas tiras de luces que cubrían toda la cubierta, una pantalla muy moderna con todo tipo de funciones, y en medio de todas esas cosas tan modernas y extrañas estaba plantado el timón dorado, listo para que otras manos lo agarrasen.

En cuanto bajaron del barco y le echaron un vistazo a la playa, los tres se llevaron las manos a la boca. No podían creer lo que estaban viendo.

La playa había cambiado demasiado. Ya no había ni rastro de las dunas, la playa ahora medía como mucho tres o cuatro metros y las preciosas conchas que había antes habían sido reemplazadas por montones de basura. El agua estaba turbia, con plásticos flotando por encima, y no se veía ningún pez nadando. Carmen y Miguel no podían ni imaginarse que esa pudiese ser su playa en el futuro, la playa que tan bien conocían.

—¡Qué horror, abuelo! —dijo Carmen con la voz entrecortada.

—¿Cómo ha llegado a este punto? —dijo Miguel.

—Pues poco a poco, la humanidad ha ido destrozando no solo esta, sino todas las playas del mundo. Empezó con algo tan simple como tirar un papel al suelo, simplemente porque no nos apetecía movernos un poco para tirarlo a un contenedor, y acabó así, con montones de papeles, plásticos, latas por el suelo. En resumen, este es el futuro del mundo si seguimos así, sucio, lleno de basura y contaminación.

Carmen y Miguel estaban entristecidos cuando subieron de nuevo al barco. Pero su abuelo les recordó que eso era una imagen de cómo sería el futuro solo si seguíamos así. El pasado no se podía cambiar, pues ya había pasado, el presente estaba pasando, pero el futuro se podía cambiar. Su abuelo les explicó que con simples gestos como reciclar la basura, o respetar la naturaleza, se podía conservar tanto esa playa como todas las playas del mundo, incluso, si todos nos implicamos, se podría mejorar el mundo entero.

Así que por fin lo entendieron. Entendieron lo que había pasado, lo que estaba pasando y lo que podía pasar. Así que sonrieron, decidieron ayudar a mejorar el mundo, y volvieron a su casa en el presente, habiendo aprendido una lección muy importante y habiendo vivido una gran aventura.

Ya en casa, se sentaron en la arena, todos juntos.

—Abuelo, gracias por dejarnos subir a ese barco —dijo Carmen.

—Si no hubiésemos subido, nunca habríamos vivido una aventura tan increíble —añadió Miguel.

—Me alegro de que os haya gustado.

Y se quedaron allí sentados un rato más, sintiéndose bien y orgullosos de poder cambiar y mejorar el mundo.

FIN.

CONEXIONES INVISIBLES

Lucía de Vicente Casado

Ayer hice un cálculo rápido durante un descanso en el instituto. Si la media de esperanza de vida es de unos 80 años, y pasamos una media de cinco horas al día mirando una pantalla de seis pulgadas, habremos pasado casi 17 años de nuestra vida viendo fotos de personas que ni si-quiera nos caen bien o incluso ni conocemos. Son unas cifras espeluznantes. Cuando acabé mis cálculos, me senté en el fondo de la clase y me di cuenta. Todos mis compañe-ros estaban sentados con la misma postura: el cuello inclinado, los ojos llorosos y el pulgar moviéndose a alta velocidad.

Me pregunté: “¿Realmente es necesario estar conectado con el mundo entero veinticuatro horas al día? ¿Es necesario publicar todo lo que hacemos simplemente para sentir la satisfacción de un simple “like”?”.

Mi teoría es que hemos dejado a un lado nuestra verdadera identidad para sustituirla por un perfil aparentemente perfecto, que en realidad se basa en la edición de nuestra vida,

simplemente por encajar en esta sociedad tan jerárquica.

Mi profesora, Beatriz, explicaba lo importante que era la historia, pero nadie le estaba prestando atención. Estaban todos demasiado ocupados perfeccionando su imagen en las redes sociales.

Entonces se me ocurrió una idea que podría cambiarlo todo. Iba a lanzar un reto a toda mi clase: “#DESCO-NECTADOS”. En este reto iba a estar prohibido el uso del móvil desde la salida del colegio ese mismo día, viernes, hasta el domingo. Completamente prohibidas las redes sociales.

Nada más les propuse mi idea, se rieron, pero al ver que hablaba en serio se sorprendieron mucho. Thiago Soler y Chloé Soler, los más populares de la clase, se acercaron a mí con cara de querer una explicación.

—Estás de broma, ¿verdad? —empezó Chloé—. ¡Si no subo nada en todo el fin de semana, mis seguidores van a pensar que me ha pasado algo!

—Mi hermana tiene razón —añadió Thiago—. Y, además, es prácticamente imposible sobrevivir así.

—¿En serio, Chloé? —decía mientras la miraba—. Creo que a tus veinte seguidores no les va a importar demasiado que no subas nada en unas 48 horas. De hecho, te lo agradecerían —miré hacia donde estaba su hermano—. Y tú, Thiago, imposible es una palabra que te queda demasiado grande, ya que vas diciendo por ahí que tú eres capaz de todo. Así que, dejad de inventar excusas y comprometeos. ¿O es que el móvil os controla a vosotros y no al revés?

Los dos se quedaron sin saber qué decir ni cómo reaccionar.

El silencio era tan denso que se podía cortar con un cuchillo. Chloé se estaba poniendo roja por la vergüenza y la rabia. Además, Thiago apretaba la mandíbula y me miraba con cara de pocos amigos.

Me apoyé en una mesa y recorrí con la mirada al resto de mis compañeros, que estaban atónitos observando la escena. Volví a mirar a los Soler.

—Veo mucha cara de enfado, pero pocas respuestas —dije con una sonrisa bastante desafiante—. El reto es sencillito. Hoy, cuando suene el timbre, los móviles se apagan. Solo los que de verdad sepan controlarse aguantarán 48 horas sin el móvil. ¿O acaso los que se hacen llamar “el rey y la reina de la clase” tienen miedo de aburrirse con ellos mismos?

Empecé a oír un murmullo recorriendo las filas donde estaban sentados mis compañeros.

—¡Yo me apunto! —gritó una niña desde la última fila, rompiendo el murmullo.

—¡Yo también! —se unió otro niño— Total, para tres “likes” que me da mi madre en las fotos... ¡mi Instagram parece un desierto! —dijo desde la otra esquina, provocando algunas risas.

Thiago y Chloé se miraron. Sabían que, si se echaban atrás, su reputación caería delante de todos.

Thiago se tensó y empezó a hablar, con la voz un poco temblorosa.

—Vale, aceptamos el reto.

Y de repente, toda la clase empezó a aceptar también. Era sorprendente cómo con el simple “aceptamos” de los Soler

todos habían accedido.

—Entonces está decidido. A la 13:00 h, de esta misma tarde, todos apagaremos los móviles —dije con voz potente para conseguir callar los gritos—. Pero, he pensado una cosa. ¿Y si en vez de pasar el fin de semana solos y aburridos quedamos hoy para comer? Cuando salgamos de clase vamos al restaurante de enfrente. ¿Qué os parece?

Todos dijeron que sí casi al unísono, incluyendo a los hermanos.

Cuando sonó el timbre que indicaba el inicio del fin de semana, todos apagamos los móviles e iniciamos nuestro reto: #DESCONECTADOS. Salimos y comenzamos a caminar hacia el restaurante. Al principio, todo era silencio, hasta que Olivia, una niña callada, decidió romper el hielo.

—Esto es muy raro. Normalmente, a esta hora todos estaríamos mirando hacia abajo, revisando las notificaciones de nuestros móviles —dijo jugando con un mechón de su pelo.

Fue un momento extraño. Sin la armadura de las pantallas, nuestras miradas parecían más intensas de lo esperado.

—Estoy de acuerdo —añadió un chico que estaba cerca de mí—. No sé qué hacer con las manos si no estoy sujetando el teléfono.

Chloé y Thiago, que iban un poco más adelante que el resto, parecían calmados hasta que se detuvieron enfrente de la puerta del restaurante y se tensaron.

—Bueno —dijo Chloé, girándose para mirarnos—. Supongo que tendremos que aprender a hablar de verdad sin pantallas de por medio. ¿Entramos?

Todos nos sentamos alrededor de la misma mesa, algo que hasta hace pocas horas parecía imposible. Mientras mirábamos la carta para pedir la comida algunos parecían confusos.

—Nunca había estado en un restaurante sin el móvil —soltó de repente el niño más inteligente de la clase—. Siempre suelo tenerlo para distraerme y no tener que comunicarme con el resto de personas con las que estoy. Parece una tontería, pero no me siento protegido si no estoy con el teléfono.

—A mí también me pasa eso. Si empiezo a hablar con el resto, siento que estoy muy expuesto y no tengo margen de error. En las redes sociales, si te arrepientes de mandarle un mensaje a alguien, todavía lo puedes eliminar, pero en la vida real lo que dices no se puede retirar.

Cuando nos trajeron la comida, nadie habló. Todo era un silencio incómodo y nadie se atrevía a decir nada. Me atreví a romperlo.

—¿Os apetece jugar a un juego? Es muy simple. Cada uno de nosotros tiene que contar algo sobre lo que le gusta, lo que no le gusta y así nos podremos conocer un poco más.

Se miraron como si acabase de decir la mayor estupidez de la historia. Hablar entre nosotros. Pero, un niño que no tenía muchos amigos empezó a hablar.

—Yo practico tiro con arco y rugby. Se me da bastante bien y he ganado muchas competiciones. Voy a ir al campeonato nacional de tiro con arco y tengo muchos números para ganar. —Todos empezaron a prestar atención—. También me gusta mucho jugar a las cartas y al ajedrez, aparte de ir a Escape Rooms de expertos con mi familia.

—A mí también me encanta ir a Escape Rooms y, además, se me da bien. Pensaba que a nadie le gustaba, pero yo voy desde que tengo memoria.

Poco a poco, todos fuimos contando nuestras experiencias y aficiones y descubrimos que a muchos de nosotros nos gustaban las mismas cosas. Todos hacíamos deportes. Había niños que hacían fútbol, tenis y golf, entre otros, pero también había deportes menos comunes, como la esgrima, el patinaje sobre hielo y hasta curling. También nos dimos cuenta de que a la mayoría nos encantaban los Escape Rooms, pero algunos no sabían lo que eran. Después de explicárselo, les encantó. Volvimos a callarnos, pero no iba a permitir que nos enmudeciésemos después de haber estado tanto tiempo hablando.

—¿Qué pensáis hacer el fin de semana?

Nadie contestó, hasta que un niño con el que casi nunca había hablado consiguió que el silencio acabase.

—Yo pensaba quedarme en mi casa viendo reels. Pero ahora que no podemos utilizar Instagram, supongo que no tengo planes.

—Yo iba a pasármelo viendo bailes en TikTok y aprendiéndomelos, pero supongo que, después de todo, tendré que cambiar mis planes.

Me dio mucha pena que sus únicos planes fuesen con el móvil, sin poder tener interacción con personas reales cara a cara.

—Os propongo una cosa. ¿Y si quedamos para hacer algo? ¿Qué os parece un Escape Room? Hay uno cerca del centro que dicen que está muy bien y yo nunca he ido.

—Yo voy —exclamó Olivia, pero esta vez no sonó delicada, sino decidida.

Poco a poco, todos se fueron contagiando de su entusiasmo, como un efecto dominó, y decidimos ir. Incluso los Soler, que seguían tensos, aceptaron con un gesto seco.

Pagamos la cuenta. Un proceso difícil, teniendo en cuenta que no pudimos pagar con las tarjetas de los móviles. Tuvimos que contar billetes y monedas de una en una. Y cuando conseguimos pagar, nos despedimos con entusiasmo y nos marchamos a nuestras casas.

Durante el camino sentí la necesidad de sacar el móvil, pero resistí la tentación para poder disfrutar del mundo real.

Al día siguiente me desperté sin la alarma del teléfono, simplemente con un despertador antiguo que era de mi padre. Desayuné y me preparé para ir al Escape Room en el que habíamos quedado.

Caminé hacia el centro, sin música en los auriculares ni notificaciones vibrando en el bolsillo, y me fijé en detalles que, hasta la fecha, nunca había notado: el olor del café proveniente de las cafeterías, el color del cielo por la mañana, y en los desconocidos que, al igual que yo hace unos días, caminaban como zombis pegados a sus dispositivos.

Llegué a la puerta 5 minutos antes de la hora acordada, pero, para mi sorpresa, ya estaban todos allí. Pero lo más impactante no era verlos puntuales, sino cómo estaban. No había nadie mirando una pantalla. Estaban todos en pequeños grupos, hablando, gesticulando e interactuando. Mantenían el contacto visual.

—¡Por fin has llegado! —gritó Chloé, que llevaba colgada en el cuello una cámara de fotos que parecía sacada de una revista antigua—. Mira la cámara. Era de mi madre y he pensado que podríamos hacernos una foto de clase.

—Me parece perfecto. Así, tendremos un recuerdo de estas 48 horas y podríamos colgarla en el corcho del colegio.

Thiago parecía menos tenso que el día anterior, pero nos contó a todos que la noche había sido un infierno sin el móvil, hasta que decidió ordenar su habitación, algo que no hacía desde hacía mucho tiempo.

Entramos en el Escape Room. El monitor nos explicó las normas y, casi por instinto, buscamos los móviles para poder dejarlos en las taquillas, pero se nos escapó una sonrisa al recordar que estaban a salvo en nuestras casas.

El monitor nos llevó a una sala llamada “EL TIEMPO VUELA” y nos dijo que solo tendríamos 60 minutos para salir. Fueron los 60 minutos más asfixiantes de toda mi vida. Durante ese tiempo todos tuvimos que colaborar para poder salir de la sala. A algunos se les daba bien la organización. Otros eran expertos en puzles. También había gente creativa. Y así fuimos descubriendo que se le daba bien a cada uno. Y gracias a esto, surgieron amistades completamente inesperadas.

Al final, no hubo fotos para Instagram ni stories contando que habíamos ganado, solo una foto de grupo con una cámara antigua, demostrando que la felicidad no es lo que vemos en las redes sociales, sino los momentos con amigos.

El lunes, en el colegio, todos nos saludamos por primera vez en muchísimos años. No parecíamos todos sonámbulos. Al contrario, nos saludamos e intercambiamos lo que habíamos

hecho el domingo. Al cruzarme con Chloé, no intercambiamos likes sino un “hola” real, que no necesitaba filtros para ser perfecto.

También el chico callado nos saludó con un entusiasmo que nunca le habíamos visto.

Por último, vi a Thiago. No estaba con la barbilla pegada al cuello, sino con los hombros relajados.

—No te voy a mentir, el reto ha estado bien —confesó soltando una risa que no era falsa—. Casi me da un ataque la primera hora, pero por el resto me ha gustado.

Cuando Beatriz entró a clase, se quedó paralizada. Se ajustó las gafas como si no se creyese lo que estaba viendo.

—¿Ha pasado algo y yo no me he enterado? Por primera vez desde que trabajo aquí no hay ni un solo alumno con el móvil.

—Nada preocupante. Solo hemos decidido que vamos a escribir nuestra propia historia sin necesidad de que todo el mundo lo sepa.

Y así es como conseguimos ser una clase más unida. A día de hoy, hemos aprendido a valorar la vida real. Pasamos más tiempo juntos y con nuestras familias. Ahora apreciamos el tiempo de calidad, sobre todo con nuestros seres queridos, porque nunca sabemos cuándo será la última vez que los veamos.

FIN

2ª Sección

LA PALABRA PROHIBIDA

Gina Chiriaco Boix

En Bamako el polvo nunca desaparece del todo. Puedes barrer el patio tres veces seguidas y, aun así, cuando te giras, ya vuelve a estar ahí, pegado al suelo como si fuera suyo. Mariama aprendió eso de pequeña. Aprendió también que hay cosas que, por mucho que quieras quitarlas de encima, siempre regresan.

Tenía trece años y vivía en el barrio de Magnambougou, en una casa baja, de paredes agrietadas y techo de chapa. Compartía la habitación con sus dos hermanas pequeñas y dormía en una esterilla que por la mañana se enrollaba y se dejaba en un rincón. Cada día empezaba igual: antes de que el sol saliera del todo, su madre ya la llamaba.

—Mariama, levántate. Hay que barrer.

Se incorporaba con los ojos todavía pesados y se ataba el pa-ñuelo sin mirarse al espejo. Barría el patio mientras el cielo pa-saba de oscuro a naranja, y después salía a por agua con el bidón amarillo. El ruido de las motos empezaba pronto, igual que las voces. Bamako nunca dormía del todo.

Cuando regresaba, veía pasar a los chicos del barrio camino del instituto. Algunos llevaban mochilas viejas, otros solo un cuaderno doblado bajo el brazo. Caminaban rápido, bromeando, empujándose. Mariama intentaba no mirarlos, pero a veces se le escapaba la vista.

Ella había ido a la escuela solo unos años. Los suficientes para aprender a leer despacio y escribir su nombre con letra insegura. Luego, un día, dejó de ir. En casa dijeron que no hacía falta. Que era mejor ayudar. Que una niña no necesitaba más.

Al principio lloró. Luego dejó de hacerlo.

En el mercado de Katako, donde ayudaba a veces a su madre, las otras niñas no eran amables. Se burlaban de ella porque preguntaba demasiado, porque se quedaba mirando los carteles escritos en francés, porque parecía distraída.

—¿Qué miras tanto? —le preguntaba Oumou, una de las mayores—. ¿Crees que sabes leer?

Las demás se reían. A veces la empujaban. O le escondían cosas. Mariama bajaba la cabeza y apretaba los labios. Sabía que, si respondía, sería peor.

Había aprendido a tragarse las palabras.

Su hermano mayor, Moussa, era lo contrario. Tenía veinte años y estudiaba en la universidad de Bamako. Decían que era inteligente, que tenía futuro. En casa hablaban de él con orgullo. Cuando salía por la mañana, su madre le arreglaba la camisa y le daba consejos como si aún fuera un niño.

—Aprovecha la oportunidad —le decía—. No todos pueden.

Mariama los escuchaba desde el patio.

Moussa no se metía con ella, pero tampoco hablaban mucho. Él estaba ocupado con sus estudios, con sus amigos, con su vida. Aun así, cuando pasaba cerca, Mariama notaba algo raro en el pecho. No era envidia exactamente. Era otra cosa, algo que no sabía nombrar.

El día que Moussa anunció que se iba a vivir cerca de la uni-versidad, la casa se llenó de voces. Era una buena noticia. Todos lo repetían. Él estaría más cerca de las clases, perdería menos tiempo en el transporte, tendría más oportunidades.

Mariama escuchó en silencio.

El día en que se fue, su habitación quedó intacta. La cama hecha. La mesa llena de libros. Nadie entraba allí. Para su madre, esos libros eran cosas de hombres. Para Mariama, eran algo que le daba miedo y curiosidad al mismo tiempo.

Durante varios días no se atrevió ni a asomarse.

Hasta una tarde en la que estaba sola.

Había terminado las tareas antes de tiempo. El calor apretaba y la casa estaba en silencio. Mariama pasó por delante de la habitación de Moussa y se detuvo. La puerta estaba entreabierta. Dudó. Miró a su alrededor, como si alguien pudiera verla.

Entró.

Los libros estaban apilados en la mesa y en el suelo. Algunos abiertos, otros llenos de subrayados y notas. Pasó los dedos por una portada. El papel era distinto a todo lo demás de la casa. Más limpio. Más firme.

Cogió uno.

Se sentó en la cama y lo dejó sobre las rodillas. Tardó unos

segundos en abrirlo. Cuando lo hizo, las letras la miraron de vuelta. No entendía la mayoría de las palabras, pero reconocía algunas. Muy pocas. Aun así, su corazón empezó a latir más rápido.

Leyó despacio. Muy despacio. Una frase le llevaba varios minutos. A veces se perdía y tenía que volver atrás. Otras veces no entendía nada y cerraba el libro con frustración.

Pero no lo soltó.

Cuando oyó pasos, lo dejó todo como estaba y salió de la habitación como si no hubiera pasado nada. Esa noche, mientras se acostaba en su esterilla, las palabras le daban vueltas en la cabeza.

Al día siguiente volvió.

Y al otro.

Siempre con cuidado. Siempre a escondidas. Leía por la tarde, cuando el calor hacía que todos durmieran. Leía por la noche, con una linterna pequeña que había encontrado. A veces solo leía una página. A veces solo alguna palabra. Pero cada día entraba en la habitación.

Los libros empezaron a llenarse de pequeñas marcas hechas con carbón: líneas, círculos, signos que solo ella entendía.

En el barrio, las burlas seguían. Un día, Oumou y otras dos chicas la rodearon cerca del mercado.

—¿Qué escondes ahí? —le preguntaron, señalando su ropa.

Mariama no respondió. Una de ellas le metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado. Era una hoja en la que Mariama había copiado palabras de un libro.

—Mira, sabe escribir —se burló Oumou.

Rompió el papel y lo tiró al suelo. Luego lo pisó.

—Esto no es para ti.

Esa noche, Mariama lloró en silencio. Pensó en dejarlo. Pensó que quizá tenían razón. Que estaba perdiendo el tiempo. Que solo se estaba buscando problemas.

Pero al día siguiente, volvió a entrar en la habitación de Moussa.

Fue entonces cuando vio esa palabra por primera vez.

Estaba en medio de un texto largo. La leyó varias veces. No la entendía. La copió en un papel. Buscó más adelante. Volvía a aparecer. En otro libro también. Siempre cerca de frases importantes.

La repitió en voz baja, separando sílabas.

No sabía todavía qué significaba, pero sintió que era diferente.

Y esa sensación no la abandonó en todo el día.

Durante varios días, la palabra no se le fue de la cabeza. Mariama la repetía mientras barría el patio, mientras caminaba al mercado, mientras intentaba no escuchar las burlas. A veces la decía tan bajito que ni ella misma estaba segura de haberla pro-nunciado. Otras veces la pensaba con fuerza, como si así pudie-ra entenderla mejor.

Intentó buscarle sentido sola. Pensó que quizá significaba “permiso”. O “suerte”. Pero ninguna explicación le encajaba del todo.

Volvió a los libros de Moussa.

Cada vez que encontraba la palabra, leía despacio las frases de alrededor. No entendía todo, pero iba juntando ideas, como quien arma algo roto con piezas que no siempre encajan. Poco a poco empezó a comprender que no era algo que alguien te diera si quería. No dependía de portarse bien. No se perdía por equivocarse.

Eso la inquietó.

En casa, nada cambió. Su madre seguía llamándola temprano. Las tareas eran las mismas. Las conversaciones también. Cuando alguien hablaba del futuro, nunca la miraban a ella.

Una tarde, mientras ayudaba en el mercado de Katako, oyó a dos mujeres hablar de una escuela cercana. Decían que iban a aceptar a más niños el próximo curso. Ella se acercó un poco más para escuchar. Cuando una de ellas mencionó a las niñas, la otra negó con la cabeza.

—Eso no es para todos —dijo—. Hay que ser realistas.

Mariama sintió el mismo nudo de siempre en el estómago.

Las burlas no pararon. Al contrario, Oumou parecía disfrutar cada vez más señalándole delante de las demás.

—La lista —le decían—. Siempre pensando en otra cosa.

Un día la empujaron cerca del río Níger. Ella se cayó al suelo y se llenó de polvo. Nadie la ayudó a levantarse. Cuando llegó a casa, se sacudió la ropa y no dijo nada. Había aprendido que quejarse no servía.

Esa noche, abrió un libro de Moussa con más rabia que curiosidad. Leyó deprisa, saltándose palabras, sin entender casi nada. Luego se detuvo. Respiró hondo y volvió a empezar, más despacio.

Encontró otra vez la palabra.

Esta vez, algo hizo clic.

Entendió que hablaba de ella. De Moussa. De los chicos que iban al instituto. De las niñas que no podían. Entendió que no era una diferencia natural, como el color del cielo o el calor. Era algo decidido por personas.

Eso la asustó más que cualquier burla.

Durante los días siguientes, empezó a mirar Bamako de otra manera. Las escuelas. Las calles. Las personas que entraban y salían de edificios oficiales. Se dio cuenta de que había carteles, normas, reglas escritas en las paredes, aunque ella no siempre pudiera leerlas.

Una tarde decidió ir hasta el río con un libro. Se sentó en la orilla, donde el agua avanzaba despacio, indiferente a todo. Leyó un rato y luego cerró el libro. Miró su reflejo en el agua.

Pensó en Moussa, caminando por la universidad, leyendo en aulas grandes. Pensó en ella, escondida.

Por primera vez, sintió algo parecido a enfado.

Moussa volvió a casa unas semanas después, por unos días. Traía la mochila llena de apuntes y la cabeza en otro sitio. La casa se llenó de ruido. Mariama lo observaba desde lejos. Quería decirle algo, pero no sabía cómo.

Una noche, mientras Moussa ordenaba sus cosas, ella entró en la habitación.

—¿Necesitas algo? —preguntó él, sorprendido.

Ella negó con la cabeza. Se quedó quieta. Moussa la miró unos segundos más.

—¿Estás bien?

Mariama dudó. Abrió la boca, pero no salió nada. Al final se dio la vuelta y se fue. Moussa la siguió con la mirada, confundido.

Esa noche, Mariama volvió a leer. Copió frases enteras en papeles pequeños que escondía bajo la esterilla. No sabía por qué, pero sentía que necesitaba guardarlas, como si algún día fueran importantes.

En el barrio, algo empezó a cambiar sin que ella lo notara del todo. Una tarde, cuando estaba sentada cerca del río con un libro, alguien se detuvo a su lado. Era Awa, una de las chicas que solían reírse con Oumou. No dijo nada. Solo se sentó.

Mariama cerró el libro de golpe.

—No voy a decir nada —dijo Awa—. Solo quería mirar.

Se quedaron allí, en silencio. El agua seguía pasando. Después de un rato, Awa se levantó y se fue. No volvió a burlarse de ella desde ese día, pero tampoco se hicieron amigas. Aun así, algo había cambiado.

Mariama empezó a pensar más en la palabra. En lo que significaba. En por qué era tan difícil de aceptar para algunos. Empezó a pensar que quizá había palabras que molestaban más que los gritos.

Una noche soñó que escribía la palabra en el suelo del patio y que el polvo intentaba cubrirla, pero no podía. Al despertar, se quedó mirando el techo durante mucho tiempo.

Al día siguiente, tomó una decisión.

No se la contó a nadie.

Esperó a que anocheciera. Se puso el pañuelo, salió de casa y caminó despacio por las calles de Bamako. Llevaba en el

bolsillo un trozo de tiza blanca que había encontrado cerca de una escuela. El corazón le latía fuerte.

Sabía que lo que iba a hacer era peligroso. No porque fuera ilegal, sino porque era visible.

Caminó hasta una avenida principal, donde durante el día pasaban autobuses y motos sin parar. Por la noche estaba casi vacía. Se detuvo frente a un muro grande, lleno de marcas viejas, de anuncios borrados, de palabras que nadie recordaba.

Miró a un lado. Luego al otro.

Sacó la tiza.

Le temblaba la mano. Dudó unos segundos. Pensó en volver a casa. Pensó en las risas, en el miedo, en los libros escondidos. Pensó en Moussa.

Respiró hondo.

Y empezó a escribir.

Cuando terminó de escribir la palabra, Mariama dio un paso atrás.

IGUALDAD.

No era grande. No era bonita. Las letras estaban torcidas, irregulares, como si hubieran dudado antes de quedarse quietas. Aun así, allí estaba: blanca sobre el muro oscuro, visible para cualquiera que pasara por allí.

Mariama la miró unos segundos más. Pensó en todo lo que no había podido decir en voz alta. En las veces que había bajado la cabeza. En los libros leídos a escondidas. En Moussa caminando hacia la universidad mientras ella barría el patio. Aquella palabra no era un grito. Era una afirmación. Algo que no pedía permiso.

Volvió a casa con el corazón acelerado. Esa noche apenas durmió. Pensó que al amanecer la palabra habría desaparecido, borrada como tantas otras cosas que no estaban hechas para durar.

Pero al día siguiente, el muro seguía allí.

E IGUALDAD también.

Respiró aliviada... hasta que vio algo más.

Un poco más abajo, escrita con un trazo distinto, había otra vez la misma palabra. Más pequeña. Más insegura. Como si alguien la hubiera copiado de memoria, sin saber bien cómo se escribía, pero sabiendo que era importante.

Mariama se quedó inmóvil. Entendió entonces que no era solo suya.

En los días siguientes, IGUALDAD empezó a aparecer en otros lugares. En una pared cerca del mercado. En un callejón detrás de una escuela. A veces sola. A veces repetida, como si alguien temiera que una no fuera suficiente.

Mariama comprendió por qué había escrito esa palabra.

No lo hizo esperando que todo cambiara de repente, sino porque había entendido algo importante: la igualdad no es un regalo que alguien decide dar. Es algo que todas las personas merecen.

Lo había aprendido mirando su propia vida, comparando lo que podían hacer unos y lo que se les negaba a otros. Y cuando una idea así se entiende, ya no se puede olvidar ni borrar.

En el mercado oyó a dos mujeres hablar con firmeza.

—Si esa palabra empieza a aparecer por todas partes, las

niñas van a empezar a hacerse preguntas.

—Y eso es lo que hace falta —respondió la otra—. Que dejen de aceptar las cosas como están y empiecen a exigir cambios.

Mariama siguió caminando, con el corazón acelerado. Ya no sentía miedo, sino fuerza.

El polvo siguió volviendo cada mañana al patio. Bamako siguió siendo dura. Pero algo se había puesto en marcha.

Porque una palabra puede borrarse de un muro.

Pero no de una cabeza.

EL SILBATO DE ADAMUZ

Jorge Fresno Rojo

Adamuz dormía bajo el manto oscuro de la sierra cuando el tren nocturno avanzaba lentamente por el valle. La luna iluminaba los tejados blancos del pueblo y el Guadalquivir reflejaba destellos plateados entre los juncos. A esa hora, el silencio solo era interrumpido por el canto lejano de algún búho y por el traqueteo constante del ferrocarril, un sonido tan familiar para los vecinos como el latido de un corazón.

Tomás Herrera llevaba más de veinte años conduciendo trenes. Había heredado el oficio de su padre, quien siempre le re-petía que un buen maquinista no solo debía conocer la máqui-na, sino respetar el camino. Aquella noche, sin embargo, Tomás sentía una inquietud extraña recorriéndole el pecho.

—Algo no está bien —murmuró, reduciendo ligeramente la velocidad.

En uno de los vagones viajaba Lucía Romero, una joven que regresaba al pueblo después de muchos años para visitar a su abuela enferma. Observaba el paisaje con nostalgia, recordando

su infancia junto al río y las tardes de verano en la plaza. No imaginaba que aquel viaje cambiaría su destino.

El revisor Manuel caminaba por el pasillo ayudando a los pasajeros. Saludaba a muchos por su nombre; Adamuz era un lugar donde todos se conocían. Cuando el tren se aproximó al viejo puente de piedra, una estructura envejecida por décadas de uso, nadie sospechaba lo que estaba a punto de ocurrir.

Al entrar en el puente, Tomás sintió una vibración anormal bajo las ruedas. El metal crujió. Sin pensarlo, accionó el freno y tocó el silbato. El sonido grave se expandió por el valle como una advertencia desesperada.

Un segundo después, el estruendo rompió la noche. Uno de los soportes cedió y los vagones delanteros se sacudieron violentamente. El tren descarriló.

Dentro del vagón, Lucía cayó al suelo. Las luces parpadearon hasta apagarse. Gritos, llantos y golpes llenaron el aire. Manuel, herido pero consciente, comenzó a guiar a los pasajeros hacia las salidas de emergencia.

—¡Tranquilos! ¡Uno por uno! —repetía con voz firme.

Tomás salió de la cabina con sangre en la frente y empezó a ayudar. Encontró a un niño llorando bajo un asiento y lo tomó en brazos.

—Todo va a estar bien —le susurró, aunque su voz temblaba.

Desde el pueblo, los vecinos escucharon el ruido como un trueno. Muchos salieron corriendo con linternas, cuerdas y mantas. Sin esperar instrucciones, formaron cadenas humanas para ayudar a evacuar a los heridos.

Las sirenas comenzaron a escucharse a lo lejos. Ambulancias

y bomberos iluminaron la noche con luces azules y rojas. El puente herido parecía gemir bajo el peso del metal retorcido.

Al amanecer, Adamuz despertó en silencio. El tren destrozado descansaba junto al río como un animal herido. La noticia recorrió el pueblo y llenó los hogares de preocupación.

Lucía, aún en shock, se quedó ayudando como voluntaria en el centro de salud. Aquella joven que solo pensaba quedarse unos días descubrió una fuerza interior que no sabía que tenía. Tomás fue trasladado al hospital, donde luchaba contra la culpa.

—Salvaste muchas vidas —le dijo Manuel—. Eso es lo que importa.

Esa tarde, los vecinos se reunieron en la plaza. Encendieron velas y guardaron un minuto de silencio por las víctimas. Entre lágrimas y abrazos, nació también una promesa: no olvidar y reconstruir.

Las semanas siguientes estuvieron llenas de esfuerzo. Ingenieros repararon el puente, obreros retiraron los restos del tren y el pueblo colaboró llevando comida y ayuda. Los niños pintaron murales de trenes cruzando puentes nuevos, llenos de luz y color.

Con el tiempo, Tomás volvió a conducir. Lucía decidió quedarse definitivamente en Adamuz y comenzó a formarse en primeros auxilios. Manuel dio charlas en colegios sobre seguridad y prevención.

Un año después, el pueblo inauguró el nuevo puente. Plantaron árboles junto al río y Lucía habló ante los vecinos:

—Aquella noche aprendimos que la vida puede cambiar en un instante, pero también aprendimos que juntos somos más fuertes.

Esa misma noche, el tren volvió a cruzar el valle. Tomás redujo la velocidad y tocó suavemente el silbato. El sonido ya no era una advertencia, sino un símbolo de esperanza.

Lucía lo escuchó desde su casa y sonrió. Manuel observó el tren alejarse desde el andén.

Y así, entre memoria y nuevos comienzos, Adamuz siguió adelante. Porque, aunque el hierro pueda romperse y los caminos puedan dañarse, cuando las personas se unen, siempre es posible reconstruir el futuro.

Tras la inauguración del nuevo puente, Adamuz comenzó una etapa distinta. No era una paz completa, sino una calma aprendida, construida con esfuerzo y memoria. El pueblo respiraba diferente. Cada amanecer traía el sonido del mercado, los saludos en la plaza y el murmullo del río, que parecía observarlo todo en silencio.

Lucía empezó a trabajar oficialmente como auxiliar sanitaria en el centro de salud. Sus días se llenaron de turnos largos, llamadas urgentes y visitas a domicilio. Aprendió a tomar pulsos, a vendar heridas y, sobre todo, a escuchar. Porque muchos vecinos no solo necesitaban medicinas, sino palabras.

Una mañana recibió la visita de Carmen, una anciana que había viajado en el tren la noche del accidente. Caminaba apoyada en un bastón.

—Aún me tiemblan las manos cuando escucho el silbato —confesó—. Pero vengo porque quiero aprender a no tener miedo.

Lucía la invitó a sentarse. Aquel día comprendió que sanar no era solo curar el cuerpo, sino también acompañar las heridas invisibles.

Mientras tanto, Tomás luchaba con sus propios recuerdos. Aunque había vuelto a conducir, cada vez que se acercaba a un puente o a una curva cerrada sentía el sudor frío recorrerle la espalda. Por las noches soñaba con el sonido del metal rompiéndose y despertaba sobresaltado.

Un domingo decidió caminar hasta el río. Se sentó en una roca y observó el agua fluir.

—No puedo seguir huyendo —se dijo—. Tengo que aprender a perdonarme.

Ese mismo día pidió participar como voluntario en charlas de seguridad ferroviaria. Quería transformar su experiencia en prevención. En escuelas, institutos y centros sociales relataba su historia con voz firme, sin ocultar el miedo ni el dolor.

—El tren no se conduce solo con las manos —decía—. Se conduce con conciencia.

Manuel, por su parte, asumió nuevas responsabilidades en la estación. Supervisaba horarios, revisiones técnicas y protocolos de emergencia. A veces se quedaba solo en el andén al caer la tarde, observando cómo el sol teñía de naranja las vías.

Recordaba aquella noche oscura y pensaba en todo lo que había cambiado.

—Antes creía que mi trabajo era revisar billetes —reflexionaba—. Ahora sé que también es cuidar vidas.

Un año más tarde, una fuerte tormenta azotó la comarca. Lluvias intensas, viento y crecidas del río pusieron en alerta al pueblo. Las autoridades decidieron suspender temporalmente el tráfico ferroviario.

Tomás fue uno de los primeros en apoyar la decisión.

—Más vale esperar que lamentar —dijo en la reunión de emergencia.

Lucía y Manuel colaboraron en la evacuación preventiva de algunas viviendas cercanas al cauce. El recuerdo del accidente había enseñado al pueblo a actuar rápido y unido.

Durante esa noche de lluvia, Adamuz se mantuvo despierto. Las luces encendidas, las radios abiertas y los vecinos pendientes unos de otros. Cuando amaneció, el temporal había pasado sin causar daños graves.

Aquella mañana, muchos comprendieron que el verdadero cambio no estaba en el puente nuevo, sino en la mentalidad del pueblo.

Meses después, llegó una propuesta inesperada. Un grupo de cineastas independientes quería grabar un documental sobre la reconstrucción de Adamuz. Querían contar la historia desde dentro: los vecinos, los trabajadores, los supervivientes.

Al principio hubo dudas. Algunos no querían remover el pasado. Pero Lucía habló en la asamblea:

—No se trata de revivir el dolor, sino de mostrar lo que somos capaces de hacer juntos.

Aceptaron.

Durante semanas, cámaras recorrieron calles, casas y campos. Entrevistaron a Tomás en la cabina del tren, a Manuel en el andén y a Lucía en el centro de salud. Grabaron el sonido del silbato al amanecer y el murmullo del río al atardecer.

Cuando el documental se estrenó en la plaza, bajo una pan-talla gigante, el pueblo entero se reunió. Hubo lágrimas, aplausos y silencios profundos. Nadie salió indiferente.

Después de la proyección, Tomás se acercó a Lucía.

—Gracias por quedarte —le dijo—. Este lugar te necesitaba. Ella sonrió.

—Y yo necesitaba este lugar.

El tiempo siguió avanzando. Nuevas familias llegaron a Adamuz atraídas por la tranquilidad y el espíritu comunitario. Se abrió una pequeña escuela de música cerca de la estación. Cada tarde se escuchaban violines, guitarras y voces infantiles practicando canciones.

Un día, los alumnos compusieron una melodía inspirada en el silbato del tren. La llamaron “El eco del valle”. La interpretaron en la fiesta del pueblo y muchos vecinos cerraron los ojos para escuchar.

Tomás sintió un nudo en la garganta.

—Nunca imaginé que aquel sonido podría transformarse en música —susurró.

Lucía comenzó a escribir un diario comunitario. Recogía historias de vecinos, anécdotas, recuerdos y aprendizajes. Quería que las nuevas generaciones entendieran lo que había ocurrido sin miedo, pero con respeto.

Manuel colaboraba escribiendo sobre normas de seguridad, prevención y cuidado colectivo. El cuaderno se convirtió en un archivo vivo de la memoria del pueblo.

Pasaron los años.

Tomás se jubiló una mañana de primavera. El último día de trabajo, el tren se detuvo unos minutos extra en la estación de Adamuz. Los compañeros lo esperaban con aplausos. El jefe de

estación le entregó una pequeña placa:

“Por conducir no solo trenes, sino esperanzas.”

Tomás bajó de la cabina emocionado. Tocó el silbato una última vez. No como despedida, sino como agradecimiento.

Lucía fue nombrada coordinadora sanitaria comarcal. A pesar del nuevo cargo, decidió seguir viviendo en Adamuz. Nunca quiso marcharse. Decía que allí estaba su raíz.

Manuel, ya con el cabello blanco, seguía paseando por el andén cada tarde. Saludaba a viajeros, niños y trabajadores. Era parte del paisaje humano del lugar.

Una noche tranquila, años después del accidente, los tres se reunieron junto al puente. Se sentaron en un banco mirando el río.

—¿Sabéis qué es lo más extraño? —dijo Manuel—. Que ya no recuerdo solo el accidente... recuerdo todo lo que vino después.

Tomás asintió.

—El dolor fue grande, pero la unión fue más fuerte.

Lucía miró el cielo estrellado.

—Eso es lo que debemos enseñar: que incluso en la oscuridad se puede construir luz.

A lo lejos se escuchó el tren acercándose. El silbato resonó suave, profundo, sereno. Cruzó el valle sin miedo.

El puente permaneció firme.

El pueblo también.

Y así, Adamuz siguió escribiendo su historia día tras día,

no con tragedias, sino con gestos sencillos: ayudar al vecino, cuidar el camino, respetar la memoria.

Porque mientras exista comunidad, conciencia y esperanza, ningún accidente puede detener el avance de un pueblo que aprendió a levantarse.

EL BANCO VACÍO

Marta Aracil Pérez-Cea

Nunca me había fijado en el banco del fondo del patio. Estaba allí desde siempre, bajo el único árbol grande del instituto, un plátano enorme que en otoño llenaba el suelo de hojas secas y en primavera soltaba pelusas blancas que se te pegaban a la ropa. El banco tenía la pintura un poco levantada y una pata algo torcida, pero nadie se sentaba nunca. Parecía invisible.

Supongo que nadie quería que lo asociaran con estar solo.

Yo tampoco me había fijado en él hasta el día en que castigaron a mi clase sin recreo. Habíamos hecho tanto ruido en la última hora que el profesor decidió que no podíamos salir todos al patio. Solo nos dejaron una zona pequeña, lejos de las pistas. No se podía correr, ni jugar, ni gritar. Así que, sin saber muy bien qué hacer, acabé sentándome en el banco, mirando el árbol y pensando en lo injusto que era todo.

Fue entonces cuando alguien se sentó a mi lado.

Era Adam.

Adam llevaba en mi clase desde hacía meses, pero casi nadie hablaba con él. No porque fuera antipático, sino porque hablaba poco y a veces se equivocaba al pronunciar. Mezclaba pala-bras en español con otras que no entendíamos. Sabíamos que venía de otro país, pero nadie preguntaba mucho más. A los trece años, preguntar da vergüenza.

—Hola —le dije, más por no estar en silencio que por otra cosa.

—Hola —respondió él, con una sonrisa pequeña, como si no estuviera seguro de si podía usarla.

Nos quedamos callados. Yo miraba el suelo y él miraba el árbol. Pensé que quizá debería levantarme e irme, pero algo me dijo que me quedara.

—Aquí hay menos ruido —dijo al final.

—Sí —respondí—. Por eso nadie viene.

Adam se rio bajito.

A partir de ese día, empecé a sentarme en el banco más a menudo. Al principio solo coincidíamos de vez en cuando, pero luego parecía que los dos sabíamos que, si no teníamos a dónde ir, ese era el sitio. No lo hablábamos, simplemente pasaba.

Hablábamos de cosas normales. Del instituto, de los deberes, de profesores que explicaban demasiado rápido o que siempre preguntaban justo cuando no sabías la respuesta. Un día me contó que había llegado a España hacía poco más de un año y que aún se confundía con algunas palabras.

—A veces la gente se ríe —dijo, sin enfadarse—. No mucho, pero se ríe.

No supe qué contestar. Nunca me había reído de él, pero tampoco había hecho nada cuando otros lo hacían. Me di cuenta de que eso también era una forma de mirar hacia otro lado.

Un jueves, mientras estábamos sentados, vimos cómo un chico de otro curso tiraba una botella de plástico al suelo, justo al lado del árbol. Cayó haciendo un ruido seco. Nadie dijo nada. Nadie nunca decía nada.

Adam se levantó, cogió la botella y la tiró a la papelera.

—Es solo una —dije yo, sin pensar.

—Sí —respondió—. Pero si todos piensan eso, al final hay muchas.

Me quedé callada. Miré el tronco del árbol, las raíces levantando el suelo, las hojas secas mezcladas con papeles y envoltorios. Pensé en cuántas veces había pasado por allí sin mirar, sin importarme.

A la semana siguiente llevé una bolsa pequeña de casa y recogí la basura que había alrededor del banco. Adam me ayudó. No dijimos nada, pero cuando terminamos, el sitio parecía distinto. No perfecto, solo más cuidado.

Poco a poco, el banco dejó de estar vacío.

Primero se sentó Lucía, porque se había peleado con su mejor amiga y no sabía con quién estar. Luego Marcos, que siempre decía que odiaba el recreo porque no le gustaba el fútbol. Nadie lo dijo en voz alta, pero el banco se convirtió en un sitio donde no hacía falta fingir que estabas bien.

Un día alguien volvió a reírse de Adam cuando pronunció mal una palabra en clase. Esta vez lo escuché claro. Me giré, con el corazón acelerado, pero antes de que pudiera decir nada, Lucía habló:

—Se le entiende perfectamente.

El chico que se había reído se encogió de hombros y dejó de hacerlo. No hubo bronca ni castigo. Solo una frase dicha a tiempo.

Esa tarde pensé mucho en eso. En lo fácil que era reírse y lo difícil que parecía decir algo. Me di cuenta de que yo también había sido parte del problema por callarme tantas veces.

Ese mes, en tutoría, el profesor nos pidió ideas para mejorar el colegio. Todos dijeron cosas grandes: más excursiones, más deportes, menos exámenes. Yo levanté la mano, nerviosa.

—Podríamos cuidar más el patio —dije—. Y fijarnos en la gente que se queda sola.

Algunos me miraron raro. Otros asintieron. El profesor lo apuntó en la pizarra.

No pasó nada espectacular. No hubo discursos ni carteles enormes. Pero alguien propuso poner más papeleras y otro dijo que podíamos turnarnos para cuidar el árbol del fondo. A la semana siguiente, el patio estaba un poco más limpio.

Adam hablaba más. Ya no bajaba la voz cuando participaba en clase. A veces se equivocaba, pero ya no se disculpaba por existir. Yo aprendí a escuchar mejor. Y los demás, poco a poco, también.

Un viernes, mientras estábamos sentados en el banco, Adam me dijo:

—Antes pensaba que el mundo era un sitio donde tenías que esconderte.

—¿Y ahora? —pregunté.

—Ahora creo que solo hacía falta que alguien se sentara conmigo.

No supe qué decir. Sentí un nudo en la garganta, pero era un nudo bueno.

Ese día entendí que no hacía falta ser mayor ni importante para cambiar algo. Que a veces el mundo que quieres empieza en un patio de colegio, con un banco viejo y un árbol lleno de hojas.

Sigue habiendo gente que tira basura y personas que se ríen de otras. No todo es perfecto. Pero ahora sé que siempre puedo elegir qué hacer yo. Puedo sentarme. Puedo decir hola. Puedo recoger una botella del suelo. Puedo hablar cuando antes me callaba.

El banco sigue ahí. Ya no es el banco del fondo del patio. Para mí es el sitio donde aprendí que el mundo no cambia de golpe, sino con pequeños gestos que, juntos, pesan más de lo que creemos.

A veces, cuando paso por allí y veo a alguien nuevo sentado, pienso que quizá ese banco también les está enseñando algo. Y entonces me siento, aunque no esté sola, porque he aprendido que compartir un sitio también es una forma de cambiar el mundo.

Si alguien me preguntara cómo es el mundo que quiero, no hablaría de cosas enormes ni imposibles. Diría que es un mundo donde nadie tenga miedo de sentarse en un banco vacío, donde cuidar un árbol importe y donde decir una frase a tiempo pueda cambiar el día de alguien.

Porque a veces, eso es suficiente para empezar.

3ª Sección

JUVENTUD

Esteban Zuazo Galán

La niña ya no estaba en pañales. Tenía ya el aspecto de una preparadísima estudiante, con su elegante y sencillo traje de chaqueta. Llevaba años merodeando por aquel moderno loft, de un blanco que hería sus pupilas. Todo en él era blanco. Todos los muebles, incluyendo la cocina y el salón, eran prefabricados, contruidos con una frialdad inhumana en alguna fábrica sueca.

El viejo se sentaba frente a ella. Estaba exhausto, como de-molido por la conversación que llevaba produciéndose entre ambos durante las últimas décadas. Ahora parecía que llegaba a su fin. El anciano estaba contrariado.

—¿No te gustan mis muebles? ¿Mis casas? ¿La producción en masa? Todo esto es gracias a mí.

—Mira a tu alrededor, Vejez. La humedad cala en el contrachapado de las mesas y lo deforma. El moho crece en las pare-des de Pladur y el viento las derrumba. La producción en masa, por su parte...

—Es eficiente, Juventud. —Vejez la interrumpió—. Es lo que necesitamos.

—Ya no.

Su respuesta cogió por sorpresa al anciano. El huracán arreciaba afuera.

—¿Acaso no ves la tormenta que se avecina?

—La tormenta nos lleva amenazando desde siempre, Vejez. Desde antes de que tú nacieras siquiera. Pero este refugio no nos salvará.

—Es eficiente —replicó Vejez—. Es sencillo. Elegante. Minimalista. No necesitas apenas nada para construirlo; tan solo unas paredes de cartón-yeso y un catálogo de muebles modernos.

—¿Modernos? —Juventud rio—. Eso lo has decidido tú. Tú acuñaste el término moderno, y lo convertiste en un estilo. También inventaste lo posmoderno.

—¿Qué hay de malo en lo posmoderno? Rompemos reglas. Transgredimos las normas que nosotros mismos pusimos.

—Y la Historia siempre os estará agradecida. La posmodernidad te abrió los ojos, y me los abrió a mí. Pero dime, al haber calificado una corriente artística y filosófica de “posmoderna”, ¿acaso no has puesto de manifiesto lo efímero de tu modernidad?

Vejez no contestó nada. Estaba compungido. Juventud continuó mientras se fortalecía.

—Dime, Vejez. ¿Qué hiciste de Tradición? Sus huesos están aún en aquella caja, ¿no es cierto?

El anciano replicó.

—¡No le hice nada! Tradición tenía que desaparecer. Teníamos que abrir los ojos.

La joven mujer le dedicó una tierna mirada de compasión.

—Tienes razón, Vejez. Incluso en mí hay una multitud amenazada por la ignorancia de la Tradición. Tu innovación borró la Tradición del mapa, que tenía las manos manchadas de sangre. Pero esto —señaló al enorme loft— no es innovador ya. Es la nueva Tradición. La juventud debe despertar.

—¡Muy bien! —El viejo se cruzó de brazos—. Despierta la Tradición. Vuelve a las costumbres manidas y las ideas retrógradas. Trae la Artesanía y la Opulencia, de paso. Dime, ¿Por qué trabajar tanto por detalles tan pequeños como un suelo de parqué o una estatuilla de marfil? ¿Por qué construir muros gruesos y pesados?

—No se trata del arte, Vejez. Va mucho más allá. Tú, cuando fuiste Juventud, destruiste los pilares de la Tradición para crear tus modelos, tus Utopías. Creíste en un mundo mejor. Mira lo que has hecho.

El viejo no quiso mirar. La tormenta de fuera, que teñía de sangre toda la Tierra, tenía la Política al frente. Allí donde había algo bello que destruir iba la Política, con sus poderosos patriarcas, y a fuerza de populismo y vulgaridad conseguían que el mundo se volviera contra sí mismo.

—Eso no es culpa mía. ¿Acaso quieres volver al absolutismo?

—Ni soñarlo. Solo te hago ver que tus Ideas fueron buenas en tu tiempo. Pero tu tiempo ha terminado, y creer más en ellas solo empeorará la tormenta.

—¿Y qué quieres que haga? —Preguntó la Vejez exasperada.

Juventud se puso en pie.

—Sígueme.

El anciano dudó un segundo, y después la siguió. Subió por unas esbeltas escaleras de acero hasta una interminable galería que parecía no tener fondo. A la derecha, la galería estaba vacía. La chica giró a la izquierda, y llevó a la Vejez a través de lo que parecía una larga sección de un museo. Era un museo fascinante. En las paredes, suelo y techo se acumulaban todo tipo de artefactos. Estaban allí todas las obras de arte que se habían producido durante el tiempo de la Vejez, y también los hitos más relevantes que la que ahora era la Vejez había conseguido superar. Pasaron por delante de los globos de Koons, de los lunares de Kusama, las pipas de girasol de Weiwei y los hielos de Eliasson. Aquí estaban también internet, la robótica y la IA. Después sobrepasaron los chorreones de Pollock, junto a la misión lunar del Apolo 11. Vieron a los Beatles dar su concierto en la azotea, y pasaron por los humos densos de las drogas y los hippies. Aquella sección estaba agujereada, y por ella se colaba la lluvia de sangre que cayó en Vietnam, y en tantos otros lugares, con la excusa de la Política.

Vejez observó la expresión de Juventud. No era desprecio, sino todo lo contrario; mostraba una intensa fascinación por los avances que Vejez había logrado, y apartaba la mirada de los agujeros sangrantes de la pared. Pronto empezaron a aparecer las obras más célebres de Picasso y de Dalí, y de Mondrian y de tantos otros. Y de pronto, un enorme agujero. La Segunda Guerra Mundial. Allí, junto a aquel mar de agonía que cortaba la Historia y separaba la Tradición de la Vejez, que entonces se llamaba Modernidad, había una enorme caja. No era un ataúd;

tenía un pomo como el de una puerta común.

—¿Reconoces este lugar? —preguntó Juventud.

La Modernidad temblaba de frío. Las lágrimas asomaban a sus ojos.

—Yo solo quise que esto no volviera a suceder. Quise hacer un mundo mejor.

—Lo hiciste, Modernidad. Lo hiciste muy bien. Cambiaste la Historia. Ya lo has visto.

—No del todo. No lo conseguí todo.

—Ese es el problema; quisiste conseguirlo todo. Quisiste cambiarlo todo para siempre, y esa ambición nos hundió en el atraso.

—No estamos hundidos.

—Claro que no. Pero la tormenta arrecia fuera, y alguien nuevo debe hacerse cargo.

Modernidad comprendió. Aquella caja era para ella. En el momento, sintió pavor. La puerta se abrió, dejando ver un espacio oscuro.

—Tengo miedo.

—No debes tenerlo. Nadie va a olvidarse de ti. Volveré a verte cuando te necesite. Pero ahora la Juventud está cansada. Está cansada de vanguardismo barato, de política corrupta, de violencia injustificable siendo justificada. Está cansada de asepsia, de blanco, de metal y de cristal. La juventud está cansada de superficialidad. La juventud busca sentimiento. Está decepcionada con el minimalismo, con las megacorporaciones y las utopías. Está decepcionada con la tecnología, con el

futurismo y añora cosas que ni siquiera vivió. La juventud ansía la naturaleza, la vida. La juventud cree en la paz y en el romanticismo.

La anciana la miró y vio en sus ojos los suyos propios. Estaba orgullosa.

—Dime, ¿qué vas a hacer?

La Juventud sonrió.

—Sacaré la Tradición de su caja. Eliminaré lo negativo que hay en ella y lo uniré con lo positivo que tú has conseguido. Y, con eso, no construiré un mundo nuevo, sino que aliviaré la necesidad de este mundo viejo que necesita de mí.

La Modernidad entró en su caja y la puerta se cerró. La Juventud miró atrás, a través de la cortina de sangre roja, tan solo un instante. Se llenó de sí misma y emprendió un viaje hacia el futuro, sin olvidar jamás el pasado.

EL VALOR DE PREGUNTAR

Martina Baselga Salinas

Esa era yo, Marta, una chica de 17 años. Diría que era como cualquier otra adolescente, pero estaría mintiendo, pues yo era un caso aparte. No entendía nada de mi alrededor. No me explicaba por qué a la gente no le interesaba conocer el mundo, por qué todos buscaban el 10 y nadie quería aprender realmente, por qué mis compañeros estudiaban temas y temas de diferentes asignaturas para vomitarlos en un examen y olvidarlos. ¿Acaso importaban más las respuestas en un trozo de papel que el conocimiento sobre nuestras vidas? ¿A nadie le apetecía descubrir lo desconocido? ¿Ni mirar más allá del temario? ¿Tampoco aprender algo de lo que no se fueran a examinar? Sentía que el conocimiento se había convertido en comida al paso: muy rápida de consumir y fácil de olvidar. La curiosidad se me hacía como un fuego que nadie encendía. Las preguntas las comparaba con globos que se pierden en el cielo.

Aún recuerdo cuando le pedí al profesor de matemáticas la demostración de una fórmula y me contestó que no entraba en

el examen. Mis compañeros se rieron, pero yo no entendí el motivo. ¿Qué más me daba que no me lo fueran a preguntar si de verdad sentía curiosidad? Así era mi vida. Yo no tenía muchos amigos, pero tampoco me hacían falta, pues siempre estaba acompañada... bueno, de mis pensamientos y reflexiones, claro.

A mí me parecía cada día igual. Caminaba por la calle y me encontraba con la gente en piloto automático, sin salir de su rutina, sin un momento de pararse a pensar. Sinceramente, me sentía bastante sola aun estando con muchas personas a mi alrededor. Pero no encontraba ninguna solución a este sentimiento que tenía.

Por otro lado, en casa, mi madre y mis hermanos eran como los demás. Todo el día hablando de trabajos, exámenes, notas y críticas hacia los que no les pusieran la máxima puntuación. Sentía que no podía comentar mis intereses con nadie, puesto que no encontraba a quien los compartiera.

Un día decidí empezar a plasmar lo que se me iba pasando por la cabeza, solamente por si en algún momento cambiaba mi punto de vista y quería recordar cómo era yo con 17 años. Comencé a escribir mi blog en un cuaderno que encontré por casa; le puse este título en la portada: “Ni saben ni quieren saber”. Aquí empezó todo.

Conforme iba anotando situaciones que vivía a lo largo de los días, conversaciones con compañeros y momentos con familiares, me iba dando cuenta de que son los niños los que más ganas de aprender tienen, los que más dudas plantean y los más curiosos. Yo me preguntaba. “¿En qué momento se pierde toda esta magia?”

Cada día añadía más registros en el cuaderno, todos diferentes y a cual más sorprendente para mí. Me preguntaba si alguien leería alguna vez estas notas, ya que mi plan era no enseñarlo jamás, pero no era seguro que nada fuera a cambiar mi idea. Imaginaba que alguien lo descubría y sentía un nudo en el estómago al pensar en lo que podría pasar después. Pero yo no podía dejar de escribir, era como darle un sentido a todas mis dudas internas, ponerles voz a las preguntas que nadie parecía hacerse.

Una tarde me quedé más tiempo del habitual en mi instituto. Estaba sentada en un banco y no había casi nadie. Abrí mi diario y empecé a escribir, como de costumbre. Estuve unas dos horas y media allí, hasta que el conserje me avisó de que iban a cerrar y debía irme. Salí corriendo antes de que cerraran la verja y me fui directa a mi casa. Esa tarde estuve demasiado ocupada y no me dio tiempo ni a coger mi cuaderno y organizar mi mente en palabras, así que no lo hice.

De camino a clase al día siguiente, noté algo extraño: mi mochila pesaba menos. No le di demasiada importancia y continué hasta llegar al aula y sentarme en mi sitio. Una vez allí, quería continuar rellenando mi blog. Abrí la cremallera de mi mochila, metí la mano, fui a agarrar mi cuaderno y... no estaba. Sentí un vacío tremendo, ya que este ya era parte de mí; llevaba mi día a día, mis pensamientos, mis secretos, mis curiosidades y mis ideas. No me lo podía creer. Había perdido el objeto más valioso para mí. Las manos me comenzaron a temblar, el corazón se me aceleró y mi cuerpo entero empezó a sudar.

Bajé de un salto por las escaleras y derrapé hasta llegar a portería. Allí estaba el conserje, Román, al que le pregunté si

había visto un cuaderno azul que había dejado en un banco el día anterior. Afirmó y por un lado me sentí aliviada de pensar que no estaba perdido, pero a la vez sentí mucho miedo de que lo hubiera leído o de que alguien pudiera hacerlo. Román me comentó que lo encontró él mismo y lo llevó a la biblioteca del instituto. Al oír esto, me entraron escalofríos, me visualicé en mi peor pesadilla, temía que mi mayor tesoro ahora fuera público.

Sin esperar ni un minuto más, me dirigí hacia la biblioteca. Llegué y la encontré diferente, había una mesa situada en el centro que no solía estar ahí. No era casualidad y yo lo presentía, algo tenía que ver con mi cuaderno. Me acerqué y lo hallé en ese mueble, abierto por las últimas páginas, con un boli destapado sobre él y con algo que me llamó aún más la atención. Encima de mi blog había un papel manuscrito donde ponía “Para quien quiera pensar”. En ese momento, me quedé paralizada, sin palabras. Rodeando mi tesoro, se encontraban unos 6 estudiantes, pero lo raro era que no se estaban riendo ni burlando, sino que todos parecían interesados. Estaban leyéndolo detenidamente, subrayando frases, comentando situaciones de mi blog...

Me aproximé a mi cuaderno y me di cuenta de que alguien había comenzado a escribir respuestas en las páginas, a hacer comentarios en los márgenes, a formular nuevas cuestiones y a apuntar otras reflexiones. Ahora mi blog ya no era personal y privado, esta vez era un espacio de expresión compartido, donde podía confirmar que no estaba sola a la hora de razonar.

Entonces entendí algo: quizás no era que la gente no quisiera saber ni conocer nada nuevo, igual era que el sistema no nos dejaba ese espacio para pensar, para descubrir, para aprender

fuera del temario de examen. Me quedé pensando y llegué a la conclusión de que siempre nos enseñan a responder, pero nunca a preguntar; siempre nos enseñan a competir, pero nunca a compartir ideas; siempre nos enseñan a memorizar, pero nunca a comprender. ¿Qué significaba entonces una educación de calidad si no era ganar pensamiento crítico y desarrollo personal?

Me encontré en un momento de incertidumbre, dudé bastante si dejar el cuaderno abierto donde lo había encontrado o llevármelo y que, seguramente, el día a día volviera a ser como antes. Decidí dejarlo. Pero quería que no quedara como un simple libro más en esa sala de silencio, quería que siguiera siendo un espacio donde la gente pudiera expresarse sin ser criticada y permitirse debatir cada mínima cosa. Para esto, se me ocurrió añadir una nota en color fosforito por encima de este: “Si estás leyendo esto, no dejes de cuestionar”.

Acabó el día y fui a mi casa andando, como hacía cada día. Al llegar, me planteé contarles lo ocurrido a mis familiares, pero elegí no hacerlo. Así que esa tarde y esa noche fueron como cualquier otra, aunque mi mente no paró ni un segundo de pensar en tantas y tantas cosas. No dormí casi nada, apenas dos horas, pues tenía un cúmulo enorme de emociones que no me dejaba descansar.

Amaneció al día siguiente y me preparé para acudir a clase. Esta mañana me sentía diferente, no me sentía tan rara como de costumbre ni tan incomprendida. Marché hacia clase nerviosa y lo primero que hice fue entrar a la biblioteca. Llegué la primera y el lugar estaba totalmente vacío. Mi cuaderno seguía en una mesa en el centro del aula, abierto y aún más lleno de caligrafías muy diferentes. Había respuestas entre alumnos

que ni se conocían. Además, vi que alguien había respondido a mi pregunta de “¿En qué momento se pierde la magia?” con “Cuando empezamos a tener miedo a equivocarnos”. También habían respondido a mi duda de por qué la gente estudia para sacar un 10 y no para aprender. Esta contestación me hizo sentir pena, pues ponía que estudiaban para complacer a sus padres, los cuales les estaban presionando constantemente. Además, leí textos que habían dejado otros alumnos expresando que ellos se hacían las mismas preguntas que yo, pero no lo decían por miedo a la opinión de los demás o por vergüenza.

Seguí leyendo varios minutos más. Cada frase que encontraba me hacía ver que no era tan “rara” ni diferente, que no era la única que pensaba así y que eran una gran mayoría de alumnos los que se sentían presionados por un número en rojo en la esquina de un papel. Mientras pasaba las páginas, empecé a oír unos pasos, cada paso lo oía más, cada vez más cerca de mí. Alcé la vista y descubrí quién era.

Me encontré cara a cara con la directora del colegio, Angélica. Observé cómo se acercaba hacia mí, recuerdo ese momento a cámara lenta. Yo estaba temblando, inquieta, acelerada. Tenía miedo de que me pudiera, reñir, castigar, poner un parte o incluso expulsar del colegio; y eso que realmente no había hecho nada mal. Contempló la escena durante unos segundos: la mesa en medio de la biblioteca, el cuaderno abierto, las hojas llenas de comentarios... Se situó frente a mí. Yo notaba cómo mi corazón latía más rápido que nunca, más que cuando pensaba que había perdido mi diario.

“¿Tú sabes algo de esto, Marta?”, me preguntó señalando al librito. Por unos momentos pensé en mentir, negarlo todo y marchar como si nada, pero me armé de valentía, y es que

algo dentro de mí me empujó a no quedarme más callada, a no esconder la realidad; y lo reconocí: “Sí, lo empecé yo”. La directora comenzó a hojear las páginas una por una, parándose a leer cuidadosamente cada frase, cada pregunta y cada respuesta. Hubo un tiempo de silencio incómodo, pero traté de relajarme y autoconvencerme de que no hice nada negativo comenzando a escribir un blog personal (a pesar de que luego se hiciera más público).

Angélica me comentó que entendía la intención, pero que yo no debía desarrollar este tipo de iniciativas sin supervisión, ya que el centro tenía un programa educativo establecido y no permitía debates que salieran del currículo oficial. Me quedé en blanco, sin saber qué contestar, y pasaron los 10 segundos más largos de mi vida. Pero me atreví a decirle: “Bueno, son solo unas preguntas... no hay faltas de respeto, solo hay reflejos de la vida del alumnado, solo hay muestras de unos cerebros pensantes”. Ella me reclamó que pensar no era el problema, sino que el problema era el orden, ya que cada cosa tiene su momento y la prioridad de ese momento eran los contenidos evaluables.

En ese momento, entraron algunos alumnos con la idea de seguir escribiendo. Se percataron de la escena y se quedaron inmóviles por un instante. Entonces, uno de ellos dio un paso al frente y decidió dirigirse directamente a la directora. Le explicó que solo escribían lo que pensaban, no hacían nada perjudicial, solo organizaban sus pensamientos en palabras. Angélica contestó con tono serio que una simple opinión se puede malinterpretar y el instituto no buscaba eso, ya que este debía mantener una línea clara. La mujer cerró el cuaderno y lo sostuvo entre sus manos, anunciando seguidamente: “Lo retiraremos por ahora”.

En ese momento, sentí que se me paraba el mundo, un vacío enorme. Y no solo por mí, sino por todas las personas que habían participado escribiendo, aportando ideas o contestando preguntas. Lo último que quería era defraudar a los que creían haber encontrado un espacio donde expresarse sin miedo.

Angélica se encaminaba a la puerta cuando un profesor interrumpió la situación. Se trataba del profesor de filosofía, Jorge. Este no solía hablar fuera de sus clases, pero, cuando lo hacía, era de manera profunda y razonada. “He leído alguna de estas páginas esta mañana y no percibo desorden, de ningún modo. Yo veo pensamiento crítico, alumnos reflexionando sobre su aprendizaje. Yo aquí veo educación”, expresó con firmeza. La directora le contestó que todo esto estaba muy bien, pero que no entraba en el plan anual. Y, con mucha serenidad, Jorge respondió: “Quizá ese sea el problema... que enseñamos a responder, pero no a preguntar. Y sin dudas nunca hay aprendizaje”.

La biblioteca quedó en absoluto silencio y Jorge aprovechó la oportunidad para explicar su punto de vista. Este era que, para crear personas capaces de enfrentarse al mundo, es necesario que se cuestionen dudas y encuentren una manera de manejar sus pensamientos internos; y eso es responsabilidad del centro. Yo no tenía muy claro si estaba defendiendo mi cuaderno o hablaba de un tema mucho mayor. Me fijé en mis compañeros y todos estaban asintiendo y parecían estar de acuerdo con el discurso del profesor. Ya no había miedo en la cara de los alumnos, sino determinación.

Angélica entendió que ese blog había pasado a significar mucho para todos y se había convertido en una herramienta de libertad. Por esto mismo, aceptó dejar el cuaderno como un proyecto del instituto; de hecho, tomó la iniciativa de regalar

un bloc de notas a cada alumno para apoyar la causa. La única condición que puso fue que se llevara a cabo con respeto y responsabilidad.

Esta solución me tranquilizó mucho y volví a respirar con calma. La mujer marchó de la sala y Jorge se dirigió a mí y me dedicó unas palabras: “A veces, solo hace falta que alguien empiece. Gracias”. Fue allí el momento en el que entendí que el fuego seguía vivo, solo necesitaba algo de aire.

Los días siguientes fueron distintos, no de golpe como en las películas, pero sí lo suficiente como para notarlo. En clase empezaron a levantarse más manos, y no para responder a los profesores, sino para preguntar curiosidades. Surgieron dudas más allá del temario, esas que no entraban en el libro, esas que obligaban a pensar.

En filosofía, Jorge propuso dedicar los últimos diez minutos de cada clase a una “pregunta abierta”, donde no había respuesta correcta, solo argumentos. El miedo a equivocarse empezó a disminuir. Y entendí que aquella frase escrita en mi cuaderno tenía razón: la magia se pierde cuando comenzamos a tener miedo.

Por fin decidí contarle en casa. Durante la cena, mientras mi madre hablaba sobre el examen de mi hermano pequeño y las notas que estaban por venir, sentí ese cosquilleo en el estómago que aparece cuando sabes que vas a decir algo importante. Les expliqué lo del cuaderno. Al principio resumí, como si todavía dudara de que aquello tuviera importancia. Pero, poco a poco, fui entrando en detalles: las preguntas, las respuestas en los márgenes, la intervención de la directora, el profesor de filosofía, los debates... “¿Y para qué sirve eso?”, preguntó mi hermano. Esa pregunta me hizo sonreír y le expliqué que

eso nos hacía aprender de verdad. Mi madre comentó que “lo importante son las notas” y yo respiré hondo. Antes me habría quedado callada, antes habría pensado que discutir no valía la pena, pero ahora no. Respondí con calma: “Las notas importan, claro, pero no pueden ser lo único. ¿De qué sirve un diez si no lo entiendes realmente? ¿De qué sirve memorizar si no lo sabes aplicar en tu vida?”.

Esa noche me acosté diferente. No porque el mundo hubiera cambiado por completo, ni porque de repente todos entendieran mi forma de ver la educación, sino porque yo ya no me sentía fuera de lugar. Había comprendido algo esencial: no era un caso aparte, era una voz más que había decidido no apagarse.

El cuaderno siguió llenándose durante semanas. Ya no era mío, era nuestro. Algunos escribían dudas sobre el futuro, otros sobre el miedo a no ser suficiente, otros sobre el planeta que dejaremos en herencia... Comprendí que una educación de calidad no es solo aprender contenidos, sino aprender a convivir, a escuchar y a construir juntos el mundo que queremos.

Esa era yo, Marta, una chica de 17 años que pensaba que estaba sola. Hoy sé que las preguntas no se pierden como globos en el cielo. Si alguien se atreve a lanzarlas, siempre habrá alguna persona dispuesta a sostener el hilo.

CAREPA Y LA CIUDAD APAGADA

Miguel Prado

Lunes, 2 de octubre

Cuando la emisión comenzó, Gloria Acevedo estaba sola en el sótano del instituto de energía social. Junto a la puerta principal colgaba un enorme cartel azul que decía “OBJETIVO 7: ENERGÍA JUSTA Y RACIONADA” debajo el lema “Nadie debe tener más que otro”. En aquel entonces, dichos objetivos y finalidades eran dogmas heredados décadas atrás por la agenda.

Entró, sentía frío. No debería estar ahí. Las normas exigían salir antes del anochecer para reducir el consumo desigual. Pero la costumbre en aquellos días era hacer las cosas cuando nadie miraba. La emisión interrumpió su dispositivo de distracción moral sin previo aviso. No había logotipo ni música, solo un fondo negro y una voz. La voz no gritaba. No acusaba. No pedía nada. —Si alguna vez te dijeron que la virtud era peligrosa, escucha —Gloria miró a su alrededor, temiendo que algún funcionario extraviado la encontrara—. Has crecido en un mundo que llama justicia a la renuncia y

progreso al estancamiento—. Recordó entonces cuando solía aprender latín con su abuela y repentinamente recordó la frase *Fiat iustitia, et pereat mundus*—. Has obedecido metas que no miden lo que produces sino cuanto aportas. La transmisión se cortó. Esa noche al regresar a su apartamento encontró el ascensor detenido por “cuota mensual de solidaridad energética vencida”. Subió 11 pisos por las escaleras, con aquellas palabras retumbando por su mente.

Martes, 3 de octubre

En Carepa todos estaban satisfechos, pero ninguno progresaba. Los edificios debían cumplir requisitos técnicos y estructurales para garantizar la igualdad entre aquellos que producían y aquellos que consumían. Las fábricas generaban lo necesario, nunca más. Se dictaba en los colegios ética de colectivos e historia de catástrofes.

Para su tesis doctoral, Gustavo Vallejo presentó un innovador proyecto de generación fotovoltaica que prometía generar 20 veces más energía que los paneles solares y las turbinas eólicas. El rector rechazó la tesis tildándola de irracional.

—Su proyecto generaría injusticia social. No podemos permitir que un barrio tenga más luz que otro”.

—Pero produciría más energía para todos —respondió el.

—Precisamente, la abundancia crea desigualdad.

Desde entonces, Gustavo repara las máquinas viejas. No inventaba, mantenía.

El viernes, los trenes no llegaron. El domingo, los “centros de salud y bienestar social” empezaron a usar generadores de emergencia. El gobierno anunciaba sabotaje por parte de

aquellos que más comprometidos debían estar con el colectivo.

Gloria comprendió que no era destrucción, solo abandono. La central eléctrica estaba intacta, con la maquinaria quieta. Los ingenieros, arquitectos, técnicos no habían sido arrestados, habían desaparecido.

La ciudad no se detuvo repentinamente, primero se impregnó de silencio. El murmullo al que todos estaban acostumbrados desapareció como si nunca hubiese existido. Las calles quedaron en una quietud constante, por primera vez, el caminar de los transeúntes se escuchaba más que las máquinas. Para aquel que haya vivido toda su vida en Carepa, no le sería extraño.

Gloria lo comprendió al abrir el grifo. Nada.

Encendió su dispositivo de distracción moral: “Reorganización en curso. La igualdad requiere ajustes”.

Esa noche, la Emisión volvió.

—El mundo en el que vives no teme al mal, teme al capaz.

La señal no podía venir de la red de distribución audiovisual. Se emitía directamente en los dispositivos. Eso era imposible: todos los sistemas eran unificados desde la reforma de armonía técnica.

—Te enseñaron que el talento se pedía bajo solicitud, que la excelencia era una forma de agravio, que producir era robar equilibrio.

Gloria no se inmutó.

—Hoy se ha visto el resultado. Cuando el que puede dejar de actuar, el mundo no se vuelve justo, se detiene.

La emisión terminó con una frase:

—No estamos destruyendo tu sociedad, dejamos de sostenerla.

El lunes, el consejo presentó su primer comunicado de emergencia. Los altos funcionarios consideraron inapropiado utilizar la palabra crisis. “Distribución preventiva de responsabilidad colectiva”: se decretó el servicio laboral técnico obligatorio, la reasignación de competencias en cuanto a la necesidad social y se suspendió el mérito académico, tildándolo de “innecesario”.

Gloria fue trasladada al centro eléctrico social. Era arquitecta. Al presentarse, vio lo que nadie quería admitir. No faltaba energía, faltaba quien supiera producirla. Los manuales de uso, protocolos e instrucciones estaban; sin embargo, cada sistema requería una decisión que ningún reglamento contenía.

Un ingeniero intentó reiniciar la turbina.

—El programa dice que debe funcionar —se repetía.

La máquina no se movió.

Las máquinas no obedecen reglamentos, obedecen mentes.

Gloria observó el centro de control. Alguien había dejado un papel con un manuscrito. Algo considerado ilegal desde hace tiempo. Solo contenía una frase: *Non serviam*. En la parte superior destacaba un símbolo de un águila.

Por primera vez en mucho tiempo, Gloria no sintió miedo sino comprensión.

Los trenes no habían dejado de venir. No había quien los dirigiera.

Lunes, 8 de octubre

El problema ya no es de naturaleza técnica sino moral.

El consejo de emergencia publicó el protocolo de equilibrio funcional. No apareció en pantallas o en medios de audiovisión. Apareció en los hogares. Cada individuo debía declarar sus habilidades y capacidades prácticas. No para emplearlas en pro de la crisis sino para regularlas.

El consejo argumentaba que “la eficiencia genera dependencia y la dependencia genera desequilibrio”.

Quedó estrictamente prohibida la reparación de maquinaria industrial o doméstica. Toda mejora debía ser evaluada y regulada por el consejo, bajo el precepto de que “una solución individual altera la estabilidad del colectivo”.

Gloria recibió su función: observadora de uso energético común. Cumplía la función de registrar cuando un individuo resolviera un problema sin supervisión del Estado.

El primer reporte fue enviado a las 13:09 h. Reparación de calefacción no autorizada.

Los vecinos estaban agradecidos. El sistema le reclamaba. Gloria debía clasificarlo en tres “opciones”: acción solidaria certificada, intervención desequilibrada y eficiencia antisocial.

Gloria lo pensó, decidió intervención desequilibrada, el an-ciano fue citado horas después.

Miércoles, 10 de octubre

Gustavo fue denunciado. No por abandono o sabotaje, sino por rapidez. Había reparado un generador en 12 minutos. El promedio rondaba los 90.

El consejo lo suspendió mencionando que “el tiempo

reducido impide la participación común en la solución a la crisis”.

Horas después, la emisión volvió:

—Cuando la subsistencia depende de aquellos que pueden, el mundo no les agradece, les oprime. El colectivo no odia la renuncia, depende de ella. Motivo por el cual la racionalidad es vista como culpable, pues demuestra que la escasez era evitable.

La emisión se cortó.

El oscurecimiento de la ciudad se realizó de manera fragmentada por zonas. No por falta de energía sino por una redistribución preventiva. Los barrios con menor gasto energético recibían cortes esporádicos para evitar “ventajas desiguales”.

Fue cuando se comprendió que, cuanto menos funcionaban las cosas, más reglamento y limitación se establecían. Cada problemática generaba una nueva regulación, la misma regulación impedía la reparación.

Gustavo comprendió que la constante reglamentación no era génesis de incompetencia sino un mecanismo de defensa. El sistema no buscaba funcionar, intentaba no requerir de nadie.

Esa noche, Gloria escribió su primer informe incompleto, no era capaz de marcar alguna de las tres casillas porque comprendió que no se estaba gestionando la crisis. Estaban gestionando a aquellos individuos capaces de resolverla.

Se profesaban y deseaban las mejores de las intenciones para los ciudadanos de Carepa, pero se les limitaba y sometía con reglamentación.

Sábado, 13 de octubre

El nuevo día a día de la ciudad era la disfuncionalidad de las cosas. De manera extraña, en algunos barrios había cosas que funcionaban. Pero nadie admitía por qué.

Ascensores que misteriosamente operaban fuera del horario permitido. Neveras frías.

Un escuadrón de agentes sociales recibió una denuncia anónima de posesión ilícita de herramientas en un ático abandonado. Horas después, fueron confiscadas por ventaja desigual. El denunciante recibió una remuneración económica: “Concepto: apoyo a la cooperación social”. El dueño del ático fue arrestado.

El domingo, los fallos dejaron de ser uniformes. La ciudad se apagó de manera total. Todos sufrían lo mismo en el mismo momento.

El ascensor del bloque 24 funcionaba por las noches, el del 25 no. El agua aparecía en horas de racionamiento.

El consejo denominó los anteriormente mencionados acontecimientos “variaciones residuales del sistema”.

El vendedor de cigarrillos decía que era suerte, algún tipo de fuerza divina que buscaba el favorecimiento de algunos pocos. Gloria lo llamó patrón.

El consejo ordenó el aumento de las inspecciones rutinarias en fábricas y zonas residenciales; sin embargo, mientras más buscaban menos encontraban.

La gente no denunciaba, era olvidadiza, se confundían horarios, modificaban versiones.

Los individuos de la ciudad colaboraban sin órdenes, colaboraban por cooperación pura. No buscaban mantener al sistema. Querían ocultar a aquellos pocos que lo sostenían.

Martes, 16 de octubre

El consejo anunció la solución definitiva. Un sistema de optimización autónomo. Una inteligencia alimentada con los manuales, libros de historia y protocolos almacenados desde la creación de Carepa. No necesitaría individuos, solo datos. La presentación del mismo se realizó por todos los canales de radiodifusión nacional. Un locutor con voz animada y un tono enérgico anunciaba en la radio:

—La subjetividad y el actuar humano han demostrado ser causa de la creación de discrepancias y desigualdad en la ciudad. Es por eso que presentamos el sistema SOA, una inteligencia que regulará la distribución de los recursos. Se podrá instalar en las fábricas y centros residenciales.

En la calle, la gente temía los resultados o las consecuencias que la utilización del sistema tendría sobre sus vidas.

Días después se realizó una prueba en una pequeña estación de bombeo. El sistema ejecutó un total de 412 procedimientos correctos. La bomba se detuvo de manera definitiva.

La ciudad se quedó sin agua.

El consejo lo llamó falla experimental. Las posteriores implementaciones siguieron la misma conducta. Decisiones coherentes, resultados nefastos.

El sistema siempre eligió la solución más igualitaria entre las posibles. Rara vez, la que funcionaba. Para que todas las soluciones sean las correctas, se debe priorizar una cosa sobre

otra. La máquina no podía preferir.

La gente no protestaba, pero se cuestionaba en voz baja:

—¿Cuándo volverá la normalidad?

—¿Quién sostendrá la sociedad?

Más tarde esa noche, la emisión volvió. Se mostraba en el fondo negro unas coordenadas.

—No abandonamos el mundo, abandonamos la obligación de sostenerlo.

En ese momento, Gloria lo entendió todo.

—La mente no es propiedad pública. Cuando entiendas por qué cada propuesta de solución creaba una nueva cadena, sabrás dónde encontrarnos.

Gloria comprendió que no desaparecían personas, desaparecía la obediencia.

Categoría Asistida

LAS COSAS PEQUEÑAS

Almudena Laserna Martínez

El día que el árbol apareció en medio del patio, nadie supo muy bien de dónde había salido.

No era un árbol grande. Tampoco especialmente bonito. Tenía el tronco torcido, las hojas algo secas y parecía más bien uno de esos que el viento arrastra desde algún descampado y deja olvidado en cualquier esquina. Pero estaba ahí, clavado justo en el centro del cemento gris del instituto, como si siempre hubiera pertenecido a ese lugar.

Yo fui de las primeras en verlo porque siempre llego antes de que suene el timbre. Me gusta ese rato en el que el instituto todavía no es un enjambre de voces, sino un sitio tranquilo donde se oye hasta cómo el conserje arrastra las llaves por el pasillo.

Me quedé mirando el árbol un buen rato.

El patio era todo cemento. No había ni una sola sombra en verano y en invierno el frío se quedaba pegado al suelo como una capa invisible. Siempre me había parecido un sitio triste,

pero nunca lo había pensado demasiado. Era el patio, ya está. Las cosas son como son.

Hasta que ese árbol apareció.

—¿Y eso? —preguntó Leo cuando llegó.

—Ni idea.

—Parece que se ha equivocado de sitio.

Y nos reímos.

A lo largo de la mañana, todo el mundo hablaba del árbol. Los profesores decían que alguien lo habría traído por la noche. El jefe de estudios estaba convencido de que era una broma pesada de los de segundo de bachillerato. Otros decían que el ayuntamiento había hecho una prueba rara. Nadie sabía nada.

En el recreo, la gente se acercaba a mirarlo como si fuera una exposición temporal.

Algunos se hacían fotos.

Otros lo ignoraban por completo.

Pero pasó algo curioso: la gente empezó a quedarse más rato en esa zona del patio. Sin darse cuenta, se formaba un pequeño círculo alrededor del árbol. Nadie se sentaba en el suelo — porque estaba sucio y frío como siempre—, pero aun así, algo hacía que ese punto fuera diferente.

Yo me apoyé en el tronco.

Noté la corteza rugosa en la espalda y pensé que era la primera vez que tocaba algo que no fuera hormigón en ese patio.

Y me dio un poco de vergüenza que eso me pareciera raro.

Al día siguiente, el árbol seguía ahí.

Y al siguiente.

Y al otro.

Nadie vino a quitarlo.

Nadie vino a reclamarlo.

Simplemente, el árbol empezó a formar parte del instituto.

Fue Sara la que llevó una botella de agua y lo regó por primera vez. Sin decir nada. Se agachó, echó el agua y se fue.

Al día siguiente, alguien más lo hizo.

Y luego otra persona.

Sin organización, sin carteles, sin que nadie mandara nada. Solo pasaba.

Como si todos entendiéramos que, si el árbol estaba ahí, lo mínimo era cuidarlo.

Un viernes, al volver del recreo, vimos un cartón apoyado en el tronco. Ponía con rotulador negro:

“Si esto puede crecer aquí, imagina lo que podríamos hacer nosotros.”

Nadie firmó.

Pero todos supimos que no era una broma.

A partir de ahí empezaron a pasar cosas pequeñas.

Muy pequeñas.

Pero imparables.

Primero, alguien llevó una bolsa y empezó a recoger papeles

del patio mientras hablaba con sus amigos.

Luego, otros hicieron lo mismo.

Después, empezaron a aparecer botellas reutilizables en vez de latas.

No porque nadie lo hubiera ordenado. Simplemente, parecía que el árbol nos estaba mirando. Y resultaba incómodo tirar cosas al suelo delante de él.

Un lunes, el profesor de filosofía dio la clase sentados alrededor del árbol.

Otro día, la profesora de biología explicó cómo funcionan las raíces usando el propio tronco como ejemplo.

El conserje puso un banco al lado.

Y sin darnos cuenta, ese trozo de cemento gris dejó de ser un lugar de paso y se convirtió en un lugar donde quedarse.

Un lugar donde la gente hablaba.

Donde se sentaban juntos personas que normalmente no se mezclaban.

La chica nueva de Marruecos empezó a traer dátiles y los compartía allí.

Iván, que siempre comía solo, se sentó un día y alguien le hizo sitio.

Lucía dejó de pasar los recreos en el baño y empezó a venir al árbol.

No sé cuándo pasó exactamente, pero el patio ya no parecía tan triste.

Un día me di cuenta de que hacía semanas que nadie había

tirado un papel al suelo.

No porque hubiera más papeleras.

Sino porque algo había cambiado en nosotros.

Todo por un árbol que nadie había pedido.

Una mañana, mientras estaba apoyada en el tronco, pensé en lo raro que era que necesitáramos algo tan simple para empezar a comportarnos diferente.

El mundo seguía igual fuera del instituto. Las noticias seguían hablando de incendios, de guerras, de desigualdades, de plástico en el mar. Pero dentro de ese patio, pasaba otra cosa.

Y no era magia.

Era elección.

Elegíamos cuidar.

Elegíamos respetar.

Elegíamos sentarnos juntos.

Elegíamos no mirar hacia otro lado.

Empecé a preguntarme cuántas cosas eran “como son” solo porque nadie se había parado a

cuestionarlas.

Como el patio de cemento.

Como la costumbre de no hablar con quien no es de tu grupo.

Como tirar algo al suelo pensando que “total, un papel más no cambia nada”.

Pero sí cambiaba.

Porque si un árbol podía cambiar la forma en la que nos comportábamos, entonces quizá no hacían falta cosas enormes para cambiar el mundo.

Quizá hacían falta cosas pequeñas.

Y que alguien se atreviera a ponerlas en medio.

Un jueves, alguien llevó tierra.

El viernes, aparecieron dos plantas más en macetas.

La semana siguiente, el director pidió permiso al ayuntamiento para plantar árboles de verdad en el patio.

Cuando nos lo dijo en la asamblea, todos aplaudimos como si hubiéramos ganado algo importante.

Y en realidad, lo habíamos hecho.

Habíamos ganado la sensación de que podíamos cambiar un sitio.

Y si podíamos cambiar un sitio, quizá podíamos cambiar más.

Ese día entendí algo que nunca me habían explicado en ninguna clase: que las cosas no cambian porque alguien importante lo diga, sino porque muchas personas normales empiezan a hacer algo distinto.

Y que lo difícil no es hacer algo grande.

Es atreverse a empezar por algo pequeño.

El árbol ya tenía hojas más verdes.

O quizá yo lo veía diferente.

Una tarde me quedé sola en el patio después de clase. Me

senté en el banco y miré alrededor.

Ya no era un espacio vacío.

Era un lugar lleno de historias que habían empezado ahí.

Pensé en Sara regando.

En el cartón anónimo.

En la bolsa recogiendo papeles.

En la gente sentándose junta sin planearlo.

Y entendí que nadie había querido dar una lección.

Solo alguien había puesto un árbol.

Y el resto lo habíamos hecho nosotros.

Me pregunté qué pasaría si empezáramos a hacer eso fuera del instituto.

Si en vez de esperar a que “alguien” solucionara las cosas, empezáramos a poner nuestros propios árboles en medio.

En casa.

En el barrio.

En la ciudad.

En nuestras conversaciones.

En la forma de tratar a los demás.

Quizá el mundo que queremos no empieza con discursos.

Empieza con gestos que parecen ridículos.

Como regar un árbol que nadie ha pedido.

Como sentarte al lado de alguien que siempre está solo.

EL MUNDO QUE QUIERES

Como recoger un papel que no has tirado tú.

Como decidir que el sitio donde estás puede ser un poco mejor porque tú estás ahí.

El último día de curso, alguien colgó otro cartón del árbol.

Decía: “No esperes a que el mundo cambie para empezar a comportarte como si ya lo hubiera hecho.”

Me quedé mirándolo un buen rato.

Y pensé que, al final, el árbol no había cambiado el patio.

Nos había cambiado a nosotros.

Y eso, quizá, era lo más importante.

La curiosidad se me hacía como un fuego que nadie encendía. Las preguntas las comparaba con globos que se pierden en el cielo.